

universo centro

Cualquier cosa, menos quietos

Número 131 - Octubre de 2022 - Distribución gratuita

www.universocentro.com.co



De oídas

Dice a veces tales necedades que cuesta creer que las diga por la boca.
G. C. Lichtenberg

Dicen que Medellín está ruidosa, que odia los tímpanos de sus ciudadanos y declama con furia las letanías de Darío Gómez, Maluma, Karol G y un largo etcétera de música para la sed y el sudor. Pero hay grandes ventajas en la algarabía ambiente. Los parroquianos cada vez hablan más duro, de modo que comparten sus ideas y sus mañas con el oído sigiloso de quienes buscan algo de sabiduría popular y humor gratuito. Algunos reporteros de esta redacción decidieron aguzar sus oídos en busca de los temas y las opiniones que callejean por la ciudad.

Durante la fumada de un cigarrillo en la tienda

Sí vio que están regalando los computadores pa los pelaos. Sí, sí, eso es dizque pal valle del Walmart. Eso, y el alcalde los entregó en el estadio, hicieron la ola y todo, esos pelaos gozaron más que los hinchas del Medellín en todo el año. Y ahora quién se los aguantan pegaos de esos aparatos y con la luz bien cara. Al menos en mi casa no hay conexión a interné, que se vaya con su aparato a pegarse en el valle de la novia. Y el alcalde había dicho que también iba a regalar lavadoras, ese señor resultó mejor que el día sin IVA. Pero mejor pa soltar aparatos porque tiene esto muy descuidao y que iba a acabar a Hidroituango pero primero empezó a acabar esto por acá. Y al hombre como que le gusta el tropel, está como Putin, quiere izque invadir las tierras, como esa gente de Petro que se metió hasta al morro de Moravia. Oiga, ¿uno invadir basura? Hay gente que se pega de lo que sea. ¿Y cómo le pareció Nacional? Otro que se pega de lo que sea, ahí trajeron a ese Autori que ya estuvo por aquí robando. Ah, donde fueres haz lo que vieres.

En el restaurante

Ya el dólar está a un peso de los 5000. Eso es la filosofía barata y los zapatos de goma de la ministra esa de Minas. ¿Cómo es qué se llama? Irene, creo. Eso, qué tal esa vieja, nos va quebrar. La

gente está muy asustada, que sacando la plata, gastando menos, cancelando viajes. Yo me voy pa Miami. Oiga, ¿en serio? Sí, pal matrimonio de un sobrino. Ja, ja, ja. Güevón tan bobo. No, pero en serio la cosa está muy dura. Al único que le va ir bien con Petro es a Lafaurie. Pero va terminar agarrao con la mujer. Por eso le digo que le va a ir bien. ¿Y sí vio lo de la tributaria? Al fin no va lo de las pensiones. Ah, es que los congresistas le caminan al gobierno pero no se van a pisar los cordones. ¿Será que hubiera sido mejor Rodolfo? Yo no creo, estaría encendido con ese Congreso, haciendo locuras, eso sería como un Mockus que no terminó el bachillerato. Por ahí dijeron en Twitter que dizque hubiera bajado el dólar a plomo. Lo que me preocupa es lo de las drogas. ¿Qué cosa? Que a los gringos les va quedar cada vez más barato tirarse la primera línea.

En un acopio de Rappi

Hágale pues mijo, bote esa Q que ya perdió. Vea, ahí le timbró esa maricada, coja su tiesto y camelle. Oiga pues, primero me deja mi propina. Jueguen pues que ya viene el agua. Terna de kaes. Ya este marica ganó con ese guardao. Bobo callao no es bobo. Pague, entre los tres invitan a la hamburguesa más pedida de la zona. Ahí llegó aquel con esa cara de flete-ro. Nos persiguen más a nosotros que a esos pirobos. Pero ya Petro dijo que nos tienen que poner prestaciones. Siga creyendo en Petro y se le enfría el fiambre. ¿Y pa qué prestaciones si van a subir la gasolina? Entonces trabaje en bicicleta a ver si bota ese bofe sostenible. Ey, en serio no orinen allá atrás que ya nos cayó la policía dos veces. Berrinche y humo es la seña de estos acopios. Al menos pa algo nos sirven estos aguaceros que lavan esa mugre. Bueno, bueno, a coger pedidos si algún día quieren llegar a Uber. Oiga, quién habla, un mototaxista converso.

En la esquina del viejo barrio

¿Usté sí cree que legalicen la cresa? Eso dicen, sí vio ese man en el Congreso todo loco que dijo que lleva veinticinco años soplando. Pues por aquí nunca ha compraó. Hasta rebaja le

damos por en el proveedor de cripan-gola. Que ese Bolívar, el de las novelas, dice que hay que legalizar, pero la chimba, ahí mismo se ponen es a vender esas gonorreas, nos van es a tumbar. Y que Petro dice que ese negocio es pa los indios del Cauca y no pa las neas como vos. Oiga pues al otro, yo tengo mi clientela, usté cree que un chirrete de por acá se va poner con maricadas... Pero es que dicen que lo van a vender en tiendas, arman un combo con dos mil de salchichón y nos dejan llorando. Eso es caspa, los tombos no dejan legalizar eso, nos va tocar es armar sindicato con esos pirobos. Quién creyera, donde come uno comen dos, por eso toca soltales algo. Igual el barrio ya es república independiente, aquí usté ya sabe dónde sesiona el Congreso. Ábrase niño que ahí pitaron...

La democracia asoma entre el ruido. La confusión, el prejuicio, la mentira, el odio, la ignorancia también mueven eso que llamamos la opinión pública. Nuestra ágora suena todos los días en pequeñas discusiones tartamudas, como burlas a la solemnidad de la política y venganza contra los caprichos de las mayorías. ©



Del patíbulo a la gloria

por ALEX JIMÉNEZ • Ilustración de Laura Ospina



El lunes 16 de noviembre de 1724, un muchacho que había burlado el patíbulo cuatro veces falló en su último plan de escape. Su contextura menuda, útil para escabullirse, resultó un suplicio para la muerte: su peso obró con ardua lentitud durante el ahorcamiento. La sogá acarició su cuello con tanta intensidad que le provocó una erección *post mortem*. Tenía veintidós años y era famoso en Londres. Su autobiografía, escrita quizás por Daniel Defoe, se vendía tan bien como la Biblia. Un tercio de la población londinense asistió a su ejecución, en una especie de carnaval que celebraba y despedía una vida. Casi de inmediato, la imaginación popular empezó a tejer la leyenda: historias y panfletos circularon antes de que el cuerpo terminara de fundirse con la tierra. Las autoridades, ofuscadas por el criminal que después de muerto se escurría de sus manos, prohibieron durante cuarenta años la mención del nombre

de Jack Sheppard en cualquier tipo de ficción. Desde el más allá, “el honesto Sheppard” se las arregló para salirse con la suya. En 1728, John Gay escribió *The Beggar's Opera*, y calcó del famoso ladrón a su personaje Macheath. Con la fecha de estreno en sus narices, el productor le encargó una obertura francesa a Johann Christoph Pepusch, un músico alemán que hizo su carrera en Inglaterra. Fue una ópera tan exitosa que se presentó 62 veces seguidas y pagó la construcción de un teatro nuevo. Dos siglos después, otro alemán, Bertolt Brecht, la adaptó y la tituló *Die Dreigroschenoper*, *La Ópera de los tres Centavos*. Kurt Weill se encargó de la música. Entonces Sheppard, que en el mundo de John Gay se llamaba Macheath, ahora se llamó Mackie Messer. Con la fecha de estreno en sus narices, el productor les pidió a Brecht y a Weill escribir una canción para presentar al personaje. Weill juntó cuatro acordes y Brecht garabateó algunas líneas. En quince minutos,

inadvertidamente como conviene a este tipo de milagros, hicieron una canción que ha pasado por las voces de cantantes de diferentes épocas y países. Los acordes que usó Weill fueron: do mayor, re menor, sol con séptima y la menor. Quien sienta curiosidad puede escuchar en internet una versión con la voz nasal y sin encanto de Bertolt Brecht.

La canción tuvo versiones en inglés y en francés. En cada una, la letra y la música ganaron matices, como una piedra pulida por la paciencia de algunas almas y de muchos años. La versión en inglés que sirvió como modelo a las demás fue escrita por Marc Blitzstein en 1954, y conserva algunos elementos de la original. Mackie Messer pasó a ser *Mack the Knife*, Mack Navaja en español. No sé a quién se le ocurrió que el ciclo armónico de cuatro acordes debía variar, para no perder el interés de la audiencia. La versión de Louis Armstrong de 1955 no registra esa variación. La de Bobby Darin, de 1959, ya la tiene: cada cierto número

de versos, el ciclo armónico sube medio tono. La de Ella Fitzgerald es quizá la más juguetona vocalmente. Mi versión predilecta es la de Robbie Williams, en el Royal Albert Hall, 2001. Quiero pensar que Armstrong, Darin y Fitzgerald no se molestarían por eso.

El cambio armónico que comenzó con Darin en 1959 y siguió en las demás versiones era un accesorio para conservar el interés del público. La persona que había de aprovecharlo mejor tenía once años en ese momento. Su papá era colombiano y su mamá cubana. El niño cantaba esta canción delante de su familia, sin saber que en unos años iba a transformarla para unirse a una tradición ya bicentenaria. Su nombre era Rubén Blades. No deja de llamar la atención el hecho de que su apellido traduzca “navajas”. *Mack the Knife* se convirtió entonces en *Pedro Navaja*. Los acordes de la canción original, do mayor, re menor, sol con séptima y la menor, se conservaron casi intactos en su versión. Solo cambió el orden y el modo de uno de ellos: la menor pasó a la mayor con séptima. Eso le dio un aire ligeramente más adusto a la armonía. También se conservó la variación que comenzó con Bobby Darin: escalar medio tono cada cierto número de estrofas. El mérito de la versión de Blades, creo, consiste en darle una dirección a la letra y un propósito narrativo a la variación armónica. En inglés, la letra tiene la delicadeza de nunca mostrar al personaje durante sus asesinatos. La canción siempre llega tarde: vemos a la víctima en el suelo y una sombra que se pierde en la esquina. Sin embargo, no ocurre nada más allá de una errática acumulación de crímenes. En español, en cambio, hay una historia: una serie de hechos que desembocan en un final ineludible. En inglés, el aumento gradual de tono es casi ornamental. En español, ocurre cada vez que la historia llega a un punto de quiebre importante: cuando Pedro Navaja aprieta un puño dentro del gabán, cuando la mujer guarda el revólver que la libra de todo mal, cuando suena un disparo como un cañón. La tensión narrativa va en la misma dirección de la tensión musical.

Pese a la tradición que sustenta a Pedro Navaja, creo que el personaje verdaderamente interesante de la canción de Blades es la mujer. Cuando los personajes se forman al margen de la voluntad de quien los crea, como una consecuencia del proceso, lo hacen de manera orgánica y adquieren mayor veracidad. El asesino de la canción tiene un solo lado, tan llanamente miserable que lo lleva robar los pesos de una prostituta. Es un matón bien trajeado y punto. Pero la mujer tiene una historia con la que es posible la empatía: la sentimos rumiar una pena, conocemos sus necesidades, entendemos su drama. Cuando la matan, no siente odio: reacciona con una ironía casi divertida. Es la única en la canción que podría decirnos un par de cosas sobre la realidad, sea lo que sea que eso signifique.

Gabriel García Márquez le preguntó a alguien en una fiesta si conocía a Rubén Blades. Como la respuesta fue no, le preguntó si conocía a Pedro Navaja. Su interlocutor dijo que “a ese sí lo conocía”. Es justo: Rubén Blades nació en 1948 y ha sido Rubén Blades; Pedro Navaja comenzó a nacer en 1702, y fue Mack the Knife, Mackie Messer, Macheath y Jack Sheppard. ©

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 131 - Octubre 2022

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co

universocentro@universocentro.com

Fantasma sin énfasis

por LUIS MIGUEL RIVAS

• Ilustraciones de Cachorro

Para Bruno

No sé de dónde surgió la falaz idea de que los fantasmas son una especie de adolescentes empalagosos que viven en función de asustar a la gente para divertirse o para incomodar. Cualquiera que haya tenido el más mínimo contacto con la cotidianidad de los fantasmas podrá dar fe de la seriedad con que transcurren sus jornadas, dedicadas más a la juiciosa repetición de tareas y rutinas ejercidas por las personas en las que otrora estuvieron encarnados, que a la dilapidación del tiempo —y en esto muestran una extraña inconsciencia de su eternidad— en pueriles ociosidades. Sirva esta historia para aclarar esas falacias y vindicar la dignidad de unos seres cargados con pesadas responsabilidades y tribulaciones, que merecen toda nuestra consideración y respeto.

La vida en la deteriorada mansión del expresidente Goyonechea —que tantas veces habrán visto los usuarios del colectivo 85 al pasar por el amplio descampado contiguo a la terminal de transportes— era, en el momento en que acaecieron los sucesos que paso a referir, una clara prueba del ambiente severo y laborioso en el que transcurre la vida de los espíritus. En dicha mansión, morada del virrey Alcántara en los Tiempos de la Colonia, del general Beríategui después de la Independencia y del presidente Goyonechea en los tiempos de la República, vivieron y murieron no solo varias generaciones de una misma estirpe, como suele suceder en las casas de los clásicos relatos de fantasmas, sino sucesivas generaciones de familias diferentes. Lo que hacía del ambiente fantasmal del recinto una miscelánea de presencias heterogéneas con maneras, lenguajes, atuendos y costumbres disímiles, congregadas en un armónico ambiente de cosmopolitismo pluritemporal y unidas ya no por extintos lazos de sangre, sino por siglos de convivencia etérea.

Entre los espíritus ilustres que habitaban la casa podrían mencionarse a Matilde del Perpetuo Socorro Alcántara, hija menor del virrey Alcántara, asesinada en 1750 por su primo Rodrigo de la Calle en un ataque de celos; Wenceslao Batista, duque de Cardonia, sobrino de la virreina, retrasado mental, ahogado misteriosamente en la alberca del patio en 1763; el licenciado Dudamel

Beríategui, acuchillado en el sótano por su hermano, el general Campo Elías Beríategui, prócer de la patria, por sospechas de alta traición en 1815; Juanita Beríategui, hija menor del general, víctima de una sífilis contraída en los lupanares del puerto en 1823; Marina Valdetierra de Goyonechea, esposa del presidente Vespasiano Goyonechea, muerta por tuberculosis en 1874, y Baldomero González, profesor de filosofía, hermano medio del doctor Goyonechea, cuyo cadáver fue encontrado en su estudio sobre un amarillento volumen de *Representación del universo y concepto del ser*, de Tadeus Wolsheberg, tras sufrir un ataque de apoplejía en 1879.

Este último, protagonista de nuestra historia, ya en vida era un ser casi ausente, sumido en complejas disquisiciones desprovistas de cualquier vibración anímica, que lo mantenían encerrado en sus habitaciones. Abstraído del mundo, pasó de la vida a la muerte sin notar cambios relevantes, salvo el incómodo desgarramiento del alma al salir del cuerpo, y una vez en el nivel etéreo retomó sus estudios en el punto en que los había interrumpido sin percatarse de las condiciones de su nueva realidad e indiferente a la calidad de sus nuevos compañeros. Los demás fantasmas tampoco le prestaron mucha atención, dada su apocada presencia, limitándose a ofrecerle un desmañado saludo de bienvenida para continuar con la custodia de sus respectivos secretos y tesoros, la expiación de sus culpas y el arrastrar de sus cadenas invisibles.

Durante los primeros ciento cincuenta años de su muerte, el licenciado González mantuvo su discreta existencia sin más interrupciones que eventuales paseos por los pasillos de la casa para despejar la mente, y esporádicas incursiones de algún inquilino curioso —generalmente el integrante más díscolo de alguna de las familias que arrendaban la casa por cortas temporadas, antes de huir despavoridas— que se atrevía a llegar hasta la clausurada habitación del fondo del corredor, en el segundo piso. Por lo general, el audaz impertinente daba una mirada temerosa al recinto oscuro y empolvado y aun sin percibir el espíritu de Baldomero, salía raudo y satisfecho de su propia valentía. Cuando se trataba de una persona perceptiva, bastaban unos pasos dentro de la habitación y el solo presentimiento de la

existencia fantasmal para que brotara el grito aterrorizado y la consecuente huida al borde del desmayo. Esas escandalosas expresiones de terror molestaban y desconcentraban sobremanera a Baldomero, quien siempre hizo lo posible por evitarlas. De alguna manera lo logró y habría continuado sin complicaciones durante dos o tres eternidades más, si no hubiera aparecido la mujer melancólica aquella tarde de otoño.

Afuera el viento dispersaba las hojas de los árboles y en la habitación Baldomero se concentraba en un párrafo especialmente abstruso del tomo III del *Foedus Cognitionis Humanae*, de Lucio Moribaius, cuando se escuchó el chirrido de la puerta y apareció la figura rubia y macilenta de la mujer, metida en una pijama ancha de flores estampadas, con una vela encendida en la mano. Baldomero levantó la cabeza y esperó que la advenediza curioseara a satisfacción, o merodeara hasta percibirlo antes de salir horrorizada. Pero la mujer no mostró curiosidad. Y aunque pareció percatarse de su presencia no dio señales de miedo. Por el contrario, avanzó sin inmutarse, con pasos desganaados, hasta llegar a la cama recostada en la pared lateral, y se dejó caer en ella. Sorprendido, Baldomero esperó pensando que, si bien no había sucumbido al miedo, se cansaría de la soledad y el silencio inquietantes del lugar y al cabo de un rato se marcharía. Pero transcurrió la tarde y pasó la noche sin que la mujer se levantara de la cama ni diera muestras de actividad, a no ser algunos cambios de posición sobre el colchón.

Al día siguiente permanecía allí, y al llegar la segunda noche todavía no daba muestras de querer abandonar la habitación. Incómodo, sin poder concentrarse en sus investigaciones, Baldomero decidió, por primera vez, recurrir a métodos inusuales. Se movió agitadamente por la habitación, levantando todo el viento que le fue posible hasta crear un torbellino que hizo caer las porcelanas ajadas de las repisas carcomidas y puso a pendular los cuadros colgados en las paredes. Pero la mujer apenas giró la cabeza, miró con indiferencia el movimiento de las cosas, sostuvo por un instante la mirada en el punto exacto donde él se encontraba, y volvió a su quietud melancólica.

Una semana después todavía no se había ido. A duras penas se levantaba

para recoger los platos de comida que alguien dejaba en la puerta y que iba acumulando casi sin tocarlos sobre la mesita de noche. Sus únicos movimientos y sonidos palpables eran las convulsiones del pecho que coronaban eventuales raptos de llanto. No hacía nada más. Parecía querer consumirse en la quietud y si no fuera por la evidencia de su materialidad se la habría podido confundir con un fantasma más. Algunas veces pasaba por la habitación un médico que trataba de darle medicamentos o convencerla de algo con palabras que Baldomero no comprendía y que ella desestimaba.

A pesar de sus bajas vibraciones, el cuerpo de la mujer emitía una radiación que inundaba la atmósfera y se adhería al aura fantasmal de Baldomero impregnándola de cierta pesadez de sentimientos y emociones, ecos de una memoria lejana que le hacían sentirse extraño de sí mismo. Ese hecho había disminuido notablemente su capacidad de aplicación a los estudios. Desesperado, pensó que debía tomar medidas radicales. Solo que no sabía cuáles.

Ella misma le dio una idea la mañana en que el médico entró a la habitación y empezó a reconvenirla. La mujer escuchó al doctor con gesto huraño durante un rato y de un momento a otro, con inusual enjundia, se lanzó sobre el hombre y lo sacó a empujones. Baldomero observó la escena asombrado y permaneció pensativo el resto del día. Al caer la tarde, cuando la mujer se incorporó para trasladar el plato de comida intacto desde la puerta hasta la ringlera de la mesita de noche, se abalanzó sobre ella con todas sus fuerzas, aplicando la energía en dirección a la puerta. Pero pasó de largo a través de su cuerpo. Incrédulo, volvió a intentar con igual resultado. Luego de varios enviones infructuosos fue a recogerse en un rincón del cuarto y permaneció meditando, atribulado, tratando de digerir la repentina revelación de un hecho con el que había vivido durante un siglo y medio sin prestarle atención: no tenía cuerpo. Pensó profunda y largamente en el asunto y los pensamientos lo llevaron a comprobaciones aún más graves: si no tenía cuerpo no era una persona. Si no era una persona no podía ser otra cosa que una “no persona”.

Una “no persona” que sin embargo sentía que existía. Pensó más y más hasta



llegar a la cruda y categórica conclusión de que su existencia no era más que el producto de una simple opinión subjetiva. Este descubrimiento lo desmoralizó.

A partir de ese día renunció a los pensamientos voluntarios y despojó de cualquier énfasis la idea de su propia existencia con el objetivo de comprobar si “él” era “algo” más allá de su particular convencimiento. Abandonó los libros y se dedicó a gravitar sin ningún esfuerzo ni intención, impregnándose cada vez más de la energía vegetativa de la mujer de la cama.

La completa entrega al abandono disminuyó día a día su presencia fantasmal. Una tarde, el aura despojada de voluntad en que se había convertido fue arrastrada por el viento a través del corredor central de la casa y en el trayecto se encontró con el licenciado Dudamel Beríategui que venía quejándose de sus puñaladas, en dirección contraria. Baldomero se dispuso con desgano para el rutinario saludo, pero Beríategui no solo siguió de largo sin verlo, sino que cruzó a través de él con un temblor y luego huyó aterrado, como si lo persiguieran para volverle a matar. En otra ocasión flotaba desprevénido por los alrededores del patio trasero cuando Wenceslao Batista, duque de Cardonia, emergió de la alberca y luego de mirar un rato hacia el sitio por donde pasaba Baldomero, se desató en gritos histéricos preguntando a quién pertenecía la sombra que lo acechaba y qué quería de él.

Los fantasmas de la casa convocaron a una reunión para hablar de las cosas extraordinarias que estaban sucediendo, y Baldomero, que había decidido no volver a salir de la habitación, escuchó pegado a la pared, junto a la mujer que yacía mirando al techo. Dudamel Beríategui y el duque de Cardonia dieron cuenta de lo ocurrido en el corredor y junto a la alberca; pero, además, la señora Marina Valdetierra de Goyonechea habló de una presencia misteriosa que solía deambular por la cocina, y Juanita Beríategui dijo haber sentido en varias ocasiones una corriente de aire enrarecido que se movía por los alrededores de la sala principal y le producía escalofríos. Baldomero se sorprendió porque no recordaba haber visitado la cocina ni la sala en los últimos días. Entonces empezó a oír un murmullo de risitas burlonas a sus espaldas. Al girar se encontró con un corrillo de presencias

transparentes, de una invisibilidad mucho más sutil que la de los demás habitantes de la casa, que cuchicheaban entre ellas y lo miraban con sorna. Reconoció a varios espectros de los que había oído hablar o sobre los que había leído, pero a los que nunca había visto en persona: Fernando de Espronceda, suicidado en la buhardilla en 1867; la marquesa Jacinta de Arteaga, muerta de pena moral después de la decapitación de su prometido en 1794; Arturo Villanueva, próspero comerciante, atacado repentinamente por una inexplicable melancolía que lo llevó a la muerte en 1876, y junto a ellos, otros dos seres sin señales particulares, de los que nunca había tenido noticias. El desprecio con que lo miraron no excluía, sin embargo, cierta sonrisa de complicidad, y en ese gesto Baldomero comprendió su nueva condición: había entrado en un segundo nivel de la inmaterialidad, el mundo de los fantasmas de los fantasmas. Pero no pudo corroborar el descubrimiento ni aclarar dudas con sus nuevos compañeros porque estos abandonaron la habitación entre risas socarronas, sin la delicadeza de una despedida.

Más que un cambio ostensible el nuevo estado suponía una variación en la calidad de las percepciones. Seguía en la habitación, al lado de la mujer, solo que ahora la veía desde una lejanía que no era espacial. Una distancia de sensación. Notó que en ese nuevo nivel los pensamientos eran más livianos e informes. Pero seguían siendo pensamientos, y aún le pesaban y le apremiaban la urgencia de ser todavía menos; o dejar de ser todavía más.

Buscó con mayor asiduidad la cercanía de la mujer, con la esperanza de que su aura desalentada lo contagiara de una mayor inexistencia. Se abrió por completo a la energía que de ella emanaba y gravitó a su alrededor durante largas jornadas, atento a cada pestacheo, a cada precario movimiento, a cada leve sollozo, buscando las claves de la absoluta lasitud.

Una noche volvieron a aparecer en la habitación, sin anunciarse ni saludar, Arturo Villanueva, la marquesa Jacinta de Arteaga y Fernando de Espronceda. Por la algarabía y el aspecto desmañado parecían venir de alguna fiesta. Se movieron por el cuarto como Pedro por su casa, persiguiéndose y bromeando, indiferentes a la presencia de los habitantes



del lugar. Baldomero, molesto, pero con tono educado, los instó al silencio y pidió respeto para con él y su compañera, pero los advenedizos siguieron su juerga como si no existiera. En principio adjudicó el desaire a la grosería que parecía característica en los fantasmas del segundo nivel. Pero luego de que, harto de la barahúnda, se les plantó en frente y los interpeló con dureza sin recibir indicio alguno de haber sido escuchado cayó en la cuenta de que no lo percibían. Cuando se cansaron y salieron a seguir su fiesta en otra parte, él permaneció quieto al lado de la cama, en medio de un silencio nuevo y una tranquilidad extraña que lo inquietó. Miró a la mujer para comprobar si había notado algo, pero ella había vuelto la cara hacia la pared. Entonces miró hacia el techo y vio flotar, ceñidas a las viejas barandas de madera, un grupo de siluetas traslúcidas, delectables apenas por las ondas de aire que desplazaban al moverse. Bajaron haciendo círculos y lo rodearon hasta confundirlo en su aura imperceptible. En ese extraño ritual reconoció la bienvenida a un tercer nivel de insustancialidad. Permaneció una temporada en esa instancia. Pero aún en ese limbo impersonal siguió sintiéndose a sí mismo y no cejó en sus propósitos de disolución.

Después del mundo de los fantasmas de los fantasmas de los fantasmas habitó el de los fantasmas de los fantasmas y por esa vía continuó desdibujándose sin pausa hasta llegar a un estado tal de imperceptibilidad que incluso dejó de ser percibido por la mujer de la habitación.

Empezó a sentirse casi nada, y eso lo llenó de optimismo. La idea de un tal Baldomero González se disgregó hasta convertirse en una vaga intuición, apenas el bosquejo de una generalidad. Entonces ocurrió el cataclismo. Una explosión abrupta zarandeó el espacio en ondas violentas, con una estridencia apocalíptica que él recibió complacido. Pero pasado el estruendo y reinstaurados el silencio y la quietud, se descubrió todavía allí. La explosión había detonado en los estratos más bajos de la materia con una fuerza descomunal que repercutió capa por capa hasta llegar a los niveles de silencio casi blindado en los que él levitaba. Se asomó a través de las capas y vio la habitación, la cama y el cuerpo rígido, estrictamente material, de la mujer melancólica. Vio a

la familia reunida alrededor de la cama y al médico junto al cuerpo dando palabras de consuelo.

Había muerto de manera contundente. La cantidad de abulia y desgano concentrados en su espíritu eran de tal peso y consistencia que al liberarse de los amarres del cuerpo se había desplomado en la muerte como un colosal meteorito, ocasionando una explosión cataclísmica que removió los cimientos del mundo espiritual. Baldomero vio entrar en el mundo etéreo a la recién nacida fantasma y no le fue difícil prever que esa poderosa corriente de desaliento pasaría pronto al segundo nivel de invisibilidad y luego a la instancia de los fantasmas de los fantasmas de los fantasmas, y seguiría desvaneciéndose hasta que al cabo de quién sabe cuánto tiempo llegaría al nivel de las ideas apenas intuidas, de los suspiros, donde él se mantenía sin disolverse.

En medio de los últimos ecos de la onda explosiva vio formarse en el aire un pensamiento de bordes difusos que al principio atribuyó a un capricho del espacio y luego reconoció surgido de su propia sustancia. Ese pensamiento decía que alguien llegaría para acompañarlo en el camino incierto de la inasequible disolución. Se puso a esperarla.

No se sabe si llegó o si él aún espera, porque a partir de ese momento la historia se pierde en la zona encriptada de los archivos evanescentes del mundo fantasmal. Nada conocemos sobre el desenlace de esa energía triste que un día se materializó en el cuerpo de una mujer, ni de aquella que en un momento recibió el nombre de Baldomero González. La información a la que tenemos acceso apenas nos permite dar cuenta de la vida en los primeros niveles, donde los fantasmas siguieron trajinando, indiferentes a preocupaciones metafísicas, ocupados con sus funciones, sus rituales y sus particulares tribulaciones. Habría que escribir un tomo para adentrarse en la historia de cada uno. Por ahora basta recordar que, por más liviana que su presencia aparezca ante nuestros ojos, la existencia de ningún fantasma está exenta de graves complicaciones y pesadas responsabilidades. ☺

*Este texto hace parte del libro *Malabarista nervioso* publicado este año por Planeta.



Fotógrafo desconocido. Las guerrillas del Alto Sumapaz, dirigidas por Juan de la Cruz Varela, caminan hacia su acto de desmovilización. Cabrera, Cundinamarca, 31 de octubre de 1953.



Foto de Daniel Rodríguez. Unidades del Ejército colombiano montan guardia cerca de la plaza de Villarrica. 1955. Archivo *El Espectador*.

Recién llegados a Villarrica en 1953, los ciento treinta guerrilleros comunistas del sur del Tolima se empeñaron en organizar a la población en el Frente Democrático de Liberación Nacional (FDLN), siguiendo la estrategia “para la organización de las masas campesinas”.

El FDLN pretendía la participación de hombres, mujeres y niños en comités que buscaban reivindicar las necesidades de la población cafecultora. Circularon sus propios periódicos y solían reunirse para discutir la política nacional. Llevaron a cabo protestas contra el asesinato de guerrilleros desmovilizados y contra la matanza de estudiantes en Bogotá en 1954. También, de forma clandestina, fueron reclutando potenciales combatientes, entrenados en el uso de armas en caso de ser atacados por la fuerza pública.

Muchos pobladores de Villarrica, a pesar de ser liberales gaitanistas y no comunistas, adhirieron de forma voluntaria a los comités del FDLN. Las terribles matanzas de campesinos por las autoridades estaban aún frescas en su memoria. Otros fueron obligados por los sureños a integrarse al FDLN, que para conformar una retaguardia armada utilizó la fuerza y la amenaza.

Para agregar pólvora al asunto, Martín Camargo, un mando carismático y especialmente beligerante, asumió la vocería del movimiento comunista y proclamó que era inevitable una explosión revolucionaria en toda Colombia, siempre y cuando Villarrica prendiera la mecha. Omitía que casi todas las guerrillas del país habían aceptado la amnistía de Rojas Pinilla. Camargo arengaba que la toma del poder estaba garantizada en cuestión de meses. En las palabras de Víctor Pulido, excombatiente de Villarrica, los líderes “engañaron a las masas”.

Villarrica, en el Tolima, sería el tote para estallar la revolución en Colombia. Así lo creían algunos guerrilleros comunistas que presumían de sus fuerzas. Partidos políticos radicales, ligas campesinas y movimientos sociales se subieron a ese tren y la zona se volvió un foco de sospechas y temores para el gobierno de Rojas Pinilla. Y llegaron los bombardeos con napalm, los corrales con detenidos al aire libre, los asesinatos, los desplazamientos. No hubo revolución, solo una marcha de hambre de miles de personas a las selvas de El Pato y Guayabero. Huérfanos y fuego dejó la mecha revolucionaria de Villarrica.

VILLARRICA EN GUERRA

por STEPHEN FERRY, TOMÁS MANTILLA Y CONSTANZA VIEIRA

Operación Tenaza

El 4 de abril de 1955, Rojas Pinilla declaró como zona de operaciones militares a ocho municipios del oriente del Tolima y Sumapaz, la idea era acabar con todo lo que oliera a comunismo.

La zona de la Operación Tenaza comprendía inicialmente los municipios de Pandi, Icononzo, Melgar, Carmen de Apicalá, Cunday, Villarrica, Cabrera y Ospina Pérez (hoy Venecia). El Ejército ocupó la región con unos cinco mil soldados comandados por oficiales que habían regresado de combatir al lado de los Estados Unidos en Corea. Durante los dos meses siguientes, las veredas

fueron atacadas constantemente con ametrallamientos, artillería de distintos calibres y bombardeos aéreos, utilizando helicópteros y flotillas de aviones B-26, F-47 y T-611.

Ana María Molina Ruiz, sobreviviente de la guerra, relató el ataque al periódico *La Época* que “cuando echaron ese mortero mi mamá había abierto un roto debajo de esa piedra, ahí nos metimos. Ahí no echamos ni nada, aguantando hambre porque no había que prender candela porque donde vieron el humo ahí es donde cayeron con los morteros”.

La región quedó bajo estricto toque de queda entre las seis de la tarde y las

cinco de la mañana, y con ley seca indefinida. Para vivir allí, o siquiera transitar, se requería un salvoconducto. Las operaciones implicaron la evacuación de la población de la zona. Citado por *El Tiempo*, el comunicado del Ejército del 20 de abril dejó constancia de que había sido “ordenada evacuación hacia centros de trabajo de 2.314 personas”.

Los “centros de trabajo” incluían campos de reclusión que el Ejército estableció en Cunday, Ambalema y Fugasugá. Eran corrales al sol y al agua cercados con alambre de púas electrificado. El más nefasto fue el de Cunday: “Toda la gente que cogían y que eran del Partido [Comunista] o de la organización agraria, o del movimiento guerrillero, a unos los mataban, los fusilaban, a otros los traían y los torturaban, a base de golpes, de corriente, o los castraban... Allí traían niños, viejos, mujeres, y a las mujeres les quemaban los senos con corriente eléctrica”, dio a conocer el comandante guerrillero comunista Charro Negro, uno de los torturados.

Desde el monte, los campesinos alzados en armas se enteraron de que unos cuantos periodistas estaban allí por invitación del propio Rojas Pinilla. Les pareció como de “espectáculo de circo romano antiguo”, en el que “con tal de impresionar a los periodistas nada valían las vidas de los soldados ni las de los campesinos”, como dijo *La Verdad*, uno de los periódicos clandestinos que circulaban entre el monte y eran producidos por el FDLN.

Según su versión, el Ejército, para armar el espectáculo, mandó ochenta soldados a subir las colinas que rodeaban el pueblo y tiempo después volvieron con dos muertos y unos ocho heridos, diciéndoles a los periodistas que habían matado “como cincuenta bandoleros comunistas” durante el operativo. De ser así, las fotografías reproducidas en estas páginas serían el fruto de un macabro ejercicio de relaciones públicas maquinado a costo de vidas humanas.

Pero la versión de Gabriel García Márquez, en ese entonces un joven reportero de *El Espectador*, describe una situación diferente. En su autobiografía, *Vivir para contarla*, García Márquez narra su experiencia en Villarrica. Ese día estuvo acompañado por el fotógrafo Daniel Rodríguez. Según García Márquez, ese combate no había sido ningún espectáculo: “El fotógrafo y yo, junto con otros, iniciamos el ascenso a la cordillera por una tortuosa cornisa de herradura. En la primera curva había soldados tendidos entre la maleza en posición de tiro. Un

oficial nos aconsejó que regresáramos a la plaza, pues cualquier cosa podía suceder, pero no hicimos caso. Nuestro propósito era subir hasta encontrar alguna avanzada guerrillera que nos salvara el día con una noticia grande. No hubo tiempo. De pronto se escucharon varias órdenes simultáneas y enseguida una descarga cerrada de los militares. Nos echamos a tierra cerca de los soldados y éstos abrieron fuego contra la casa de la cornisa. En la confusión instantánea perdí de vista a Rodríguez, que corrió en busca de una posición estratégica para su visor. El tiroteo fue breve pero muy intenso y en su lugar quedó un silencio letal.

Habíamos vuelto a la plaza cuando alcanzamos a ver una patrulla militar que salía de la selva llevando un cuerpo en angarillas. El jefe de la patrulla, muy excitado, no permitió que se tomaran fotos. Busqué con la vista a Rodríguez y lo vi aparecer, unos cinco metros a mi derecha, con la cámara lista para disparar. La patrulla no lo había visto. Entonces viví el instante más intenso, entre la duda de gritarle que no hiciera la foto por temor de que le dispararan por inadvertencia, o el instinto profesional de tomarla a cualquier precio. No tuve tiempo, pues en el mismo instante se oyó el grito fulminante del jefe de la patrulla: “¡Esa foto no se toma!”.

Se canceló la rueda de prensa con el presidente, y una vez que los periodistas regresaron a Bogotá, las autoridades les prohibieron tajantemente publicar lo que habían visto, escuchado y fotografiado en Villarrica.

“Un gravísimo error”

Víctor Pulido, quien a los 13 años combatió en Villarrica, contó que la organización guerrillera cometió “un gravísimo error” con la población civil. Cuando el Ejército empezó a bombardear, cientos de familias intentaron salir de la zona para salvarse. Sin embargo, la guerrilla puso retenes en la vía para obligarlas a quedarse con ella.

El desenlace fue trágico. Cuando finalmente la guerrilla evacuó a la población hacia las profundas selvas de Galilea, las Fuerzas Armadas persiguieron a las familias que huían, ametrallando y bombardeando todo lo que se movía. La organización guerrillera no disponía de comida para los que sobrevivieron al asedio. Más de mil personas, en su mayoría civiles, terminaron como refugiadas en Galilea, en donde muchos murieron de inanición. Una dirigente del FDLN, Teresita Matiz, contó lo



Foto de Daniel Rodríguez. Unidades del Ejército colombiano montan guardia cerca de la plaza de Villarrica. Abril de 1955. Archivo *El Espectador*.

sucedido: “Por la aguantada de hambre, morían sobre todo los ancianos y los niños. A mí me tocó perder una hijita, a los poquitos días de llegados, murió la niña menor, ahí tocó dejarla”.

Las selvas de Galilea

Con el Ejército acechando todo a su alrededor, la situación se tornó desesperante. El comandante comunista Martín Camargo se distinguió por una actitud displicente hacia el sufrimiento de la población civil. Camargo cogió las mejores armas y, con una gran parte de los guerrilleros del sur del Tolima y con cientos de familias, emprendió una columna de marcha hacia Guayabero y El Pato, evocando el ejemplo de la Marcha Larga de Mao Tse-Tung para justificar su decisión.

Hasta la caída del gobierno de Rojas Pinilla en 1957, el conflicto se extendió como una guerra de guerrillas por toda la región del Sumapaz y del oriente del Tolima. La Guerra de Villarrica provocó el desplazamiento de decenas de miles de personas. Dejó la economía de la región en ruinas y sepultó la paz que Rojas Pinilla prometió al asumir el poder.

En la segunda semana de junio de 1955, llegó a su punto máximo la campaña militar contra los campesinos alzados en armas en Villarrica. La Fuerza Aérea bombardeó con napalm las posiciones estratégicas de los rebeldes. La intensidad del bombardeo se centró en La Colonia, una vereda que para ambos bandos tenía un gran significado por su papel en la historia de los movimientos agrarios de la región.

Testigos de excepción

El correo y los telegramas también estaban vigilados. Sin embargo, un testimonio, el recuerdo de un combatiente comunista de nombre Pedro, deja ver el horror que sintieron los campesinos en los días en que el napalm les caía encima: “El 9 de junio de 1955 fue el día que lloraron los hombres y lloraron las mujeres y lloraron los niños [...] las señoras y los señores jefes de familia que iban bregando con las maletas y con los niños [...] Había compañeros que lloraban y se arrodillaban y decían que era el día del juicio final al mirar que había doce aviones bombardeando y ametrallando, bombas incendiarias. Donde caía una bomba entre el monte, se iba prendiendo el monte, casas, todo”.

Además de los testigos oculares de los hechos, un documento diplomático de Estados Unidos confirmó el uso del napalm. En un comunicado, el embajador estadounidense informó al Departamento de Estado lo siguiente: “Comandante en jefe Fuerza Aérea nos informa privadamente. Fuerza Aérea colombiana arrojó aproximadamente 50 bombas napalm fabricadas aquí, ingredientes de origen europeo, en apoyo a ofensiva militar. 7-10 de junio, culminó en la captura de La Colonia centro guerrilla del oriente del Tolima. El presidente Rojas, se informó, le dio permiso a la Fuerza Aérea para el uso ‘discreto’ del napalm para esta operación solamente.”

Huérfanos de la memoria

La censura militar mantuvo a la Guerra de Villarrica alejada de los periódicos por cerca de seis meses. Hasta que el costo humano del conflicto se hizo imposible de esconder. Cientos, sino miles, de niños salieron desplazados de la zona de operaciones militares y comenzaron a atestar la capacidad de los hogares de caridad del centro del país. En medio de la guerra, los niños salían evacuados del Tolima en camiones del Ejército sin que los soldados tomaran nota ni de sus nombres, con lo que se hizo casi imposible reunirlos con sus familias. Mientras los militares evacuaban a la mayoría, otros más caminaban en grupos y sin rumbo por las carreteras desoladas de la región, acompañados por los perros con que habían abandonado sus fincas.

García Márquez visitó uno de los lugares en Bogotá a donde estaban llegando centenares de niños. Un día después, el 6 de mayo de 1955, de su pluma pero sin firma, Gabo publicó en la primera plana de *El Espectador* “El drama de los 3.000 niños colombianos desplazados”: “Era el drama de una muchedumbre de niños sacados de sus pueblos y veredas por las Fuerzas Armadas sin plan preconcebido y sin recursos, para facilitar la guerra de exterminio contra la guerrilla del Tolima. Habían sido separados de sus padres sin tiempo para establecer quién era hijo de quién, y muchos

de ellos mismos no sabían decirlo [...] Los niños, separados de sus padres por simples consideraciones logísticas y dispersos en varios asilos del país, eran unos tres mil de distintas edades y condiciones”.

De pantalón de dril y camisa de algodón, la mayoría de los niños no estaban preparados para los meses fríos de Fusagasugá, Bogotá, El Cocuy y otros lugares a donde fueron a parar. Eran tantos que las estufas de carbón dejaban de funcionar y era tan poca la capacidad de los orfanatos de ocuparse de los niños que los mayores se fugaban sin dificultad. “La semana pasada un grupo de diez exiliados de Villarrica, entre los ocho y los once años, se fugó del establecimiento con el propósito de regresar a donde sus padres. Ayer se fugó otro”, escribió Gabo. Sin dinero y con los bolsillos vacíos se metían de polizones en el tren que iba al Tolima.

Helí Rodríguez. Tiene dos años de edad

La llegada súbita de trescientos niños al orfanato Amparo de Niños de Bogotá le daba cara a la noticia de Gabo, quien escribía: “[...] cada caso es un caso especial, diferente. Pero el conjunto tiene una denominación general: ‘Víctimas de la violencia’. La menor de esas víctimas, Helí Rodríguez. Tiene dos años de edad. Apenas si puede decir su nombre. No sabe nada de nada. No tiene la menor idea de en dónde se encuentra. No sabe por qué



Foto de Jorge Sánchez. Niños desplazados de la Guerra de Villarrica hacen formación en el patio del orfanato Ciudad Infantil. Bogotá. Mayo de 1955. Archivo *El Espectador*.



Foto de Jorge Sánchez. Niños desplazados de la Guerra de Villarrica en el orfanato Amparo de Niños. Bogotá, 1955. Archivo *El Espectador*.

lo trajeron, ni cómo, ni cuándo. Ignora por completo el paradero de sus padres”. Helí, decía el artículo de *El Espectador*, tendría una vida normal hasta que la ley obligara al orfanato a dejarlo en la calle: “Aprenderá a leer, a rezar y a cantar. Aprenderá las reglas elementales de urbanidad y los rudimentos de la profesión de fundidor. Pero dentro de doce años, cuando tenga catorce, Helí Rodríguez tendrá que salir a la calle, a ganarse la vida. En esas circunstancias lo más probable y también lo menos dramático que puede ocurrirle es que se muera de hambre o que un juez de menores lo envíe a una casa de corrección”.

El artículo consiguió lo que nadie más había logrado: las consecuencias de la Guerra de Villarrica se convirtieron en escándalo nacional. Los militares en el gobierno no tomaron represalias contra *El Espectador* y varios periódicos comenzaron a hacer eco a la noticia. Párrocos, militares, gerentes de banco, la Cruz Roja, personeros y gente de la alta sociedad conformaron colectas y comités de ayuda. Desde Cali hasta Bucaramanga, la sociedad civil se ofrecía a recibir a los niños desplazados por el conflicto entre el gobierno militar y las guerrillas comunistas.

A los niños desplazados de Villarrica comenzaron a hacerles bautismos administrativos. Como muchos no podían dar cuenta de su identidad, se les dieron nuevos nombres y apellidos de la región a donde llegaban. Nada ayudaba a facilitar el reencuentro con sus padres. En Bogotá, los niños fueron bautizados de Caicedos, Iriartes y López, entre otros. Los bautizados de López eran “incontables”, escribía Gabo. Y no por casualidad. López era el apellido del expresidente liberal Alfonso López Pumarejo, esposo de María

Michelsen de López, dueña y fundadora del Amparo de Niños de Bogotá, una de las instituciones que más recibió niños desplazados.

Una puja política

Que los liberales aparecieran como los caritativos y el gobierno de las Fuerzas Armadas como el violento no era nada halagador para Rojas, por lo que los huérfanos de Villarrica pasaron de ser una tragedia humana a convertirse en una puja política entre el gobierno militar y los liberales, cada vez más en oposición.

Rojas dijo que la prensa estaba “exagerando intencionadamente el problema” y dio a entender que quienes no adherían al gobierno militar estaban sacando provecho político de la tragedia humana del Tolima. Encarando a los políticos liberales que le reclamaban por el desplazamiento de los niños del Tolima, les dijo: “No podemos permitir que los tiernos sentimientos de esas criaturas, hasta ayer felices en la paz de sus campos, se envenenen con el odio y la ambición de sus victimarios [...] salvemos la Patria del mañana con el sacrificio de hoy, para que nuestros hijos no puedan encontrarnos que contribuimos a su desgracia por una indiferencia criminal”.

“Uvas de la ira”

Pedro Nel Méndez fue uno de los niños robados que retornó a Villarrica solo muchos años después. Vive de la carpintería y de una pequeña cría de pollos. Hoy, a la edad de 66 años, relata: “Llegó el mando del general Rojas Pinilla, y entonces todos los que fuéramos huérfanos de la violencia nos echaron en camiones y nos mandaron allá para Sibaté. Yo era muy pequeño... Había como galpones de niños y niñas, eso

era muy grande. Para mí ese orfanato era peor que estuviera en una cárcel. Nos trataban muy mal, nos agredían las monjas... Nos metieron en el baño, pequeños nosotros, de 5, 6 añitos... Había unos lazos de cuero, los metieron en unas albercas grandes y los mojaron y dele... Nos pusieron en cuatro patas, sin ropa ni nada. ¡Un horror!”.

En 1956 una carta de auxilio llegó a la Asamblea Constituyente; en ella acusaban al Ejército de haberles arrebatado sus hijos a las familias de los detenidos en guerra. Firmada por siete hombres y cuatro mujeres, fue enviada desde “los bosques”, es decir, desde el monte a donde huyeron los desplazados de Villarrica. En la carta, el Comité de Salvación de Refugiados, Exiliados y Damnificados del Oriente del Tolima, Cabrera, Ospina Pérez, Icononzo y Sumapaz exigía “[...] la reincorporación y entrega de todos los niños a sus legítimos padres pues no concebimos que en nuestro país y bajo la Santa Bandera de la Religión Católica que tanta ostentación hace el Presidente Rojas Pinilla de ella, se separe a la fuerza del lado de sus padres a sus hijos y mientras ellos deambulan huérfanos y muriéndose de hambre sin la caricia de la madre, desamparados, sus padres mueran torturados en los Campos de Concentración Oficial”.

La *Época* no ha podido corroborar la acusación. La respuesta podría estar en los archivos de la Secretaría Nacional de Asistencia Social (Sendas), encargada de velar por los niños exiliados del Tolima, pero los documentos fueron destruidos hacia los años ochenta. Hasta el día de hoy no se sabe cuál fue la suerte que corrieron los niños desplazados por la Guerra de Villarrica.©



La *Época*: Reportajes de una historia vetada. Periódico de edición única que circula con sesenta y cinco años de retraso, informando sobre la guerra de Villarrica. Un proyecto de OjoRojo Fábrica Visual e Icono Editorial.



Lea la versión completa de *La Época* y descárguela aquí. Además, conozca una selección de los proyectos culturales y artísticos realizados por la Comisión de la Verdad.

La nube de Darío Gómez

por SILVIO BOLAÑO • Ilustración de mais.criollo



Sí, necesitamos canciones populares que nos ayuden a aprender a vivir, que nos enseñen a soportar el abandono, a mirar con resignación los ojos de la pelona, a enfrentar el terror de volver a enamorarnos, a celebrar la ironía de sabernos parte del olvido, a burlarnos del yugo del trabajo, a masticar el fracaso entre sus melodías, a lidiar con los fantasmas que crecen a nuestros pies. Los juglares nos regalan cancioneros que, al poner en escena la tragedia-comedia de lo habitual, nos recuerdan que este teatro de vanidades es flor de un día y que para celebrarlo tenemos el aquí y el ahora, presente que se asemeja a la eternidad en el carnaval del amor-amor, cuando cantamos para soportar al agujero negro que nos respira en la nuca. Darío Gómez surgió de las montañas de Antioquia como un campeón de coplas que celebran el arte de vivir a contrapelo: acá el folclor dio a luz a un héroe que canta su despecho, no al que se jacta del triunfo, ni a un jeque de la felicidad o del erotismo, sino al que en las calles del amor vive entre comillas, con la corazonada del silencio como respuesta que afronta, cual Sísifo montañero que arrastra su roca hasta el filo de un alto del Cauca para verla desbarrancarse, consciente de que su destino heroico consiste en intentarlo mañana otra vez. Este juglar paisa es un buen perdedor que refleja los valores estéticos de un pueblo al que le gusta enfrentar el fracaso, pues cuando escucha o canta a Darío Gómez se permite pensar o manifestar, entre el coro de barítonos atonados y sopranos de viacrucis, que somos conscientes de la fragilidad de ser en este mundo. Es proverbial el ejemplo de *Nadie es eterno*, canción que floreciera como himno popular en una década en la que desde el “Cómo amaneció Medellín” recibíamos las cifras pandémicas de los jóvenes asesinados por la guerra del narcotráfico; desde entonces sus versos: “Sufrirás, llorarás, mientras te acosumbrés a perder...”, son mantras que han logrado, de forma lapidaria y por ende ortodoxa, enseñarnos a tener una actitud ética estoica ante la cotidianidad de la muerte: “Después te resignarás cuando ya no me vuelvas a ver...”, esto a través de un talante vitalista: “No lloren por el que muere / que para siempre se va / velen por los que se queden / si los pueden ayudar...”, que se asemeja a lo que predicaba el Buda, o sea que nos extinguimos como una llama y nos transformamos como una nube.

Darío Gómez fue un rey con sino trágico que, a diferencia de Edipo de Tebas, enfrentó su destino familiar a través del arte. Con su hermano Heriberto formaron Los Legendarios en 1977, cuyo primer éxito, la samba *Ángel perdido*, está dedicada a su difunta hermana Rosángela. En esta canción usa dos figuras románticas que retomará en otras letras: “Voy por esta senda triste, la senda de mi amargura” y “quitame ya la existencia, pero no me des olvido”. La senda triste, como una sola sombra larga, es la que recorre mientras canta la melancolía que siente por la estrella perdida, esa que iluminara su juventud. Es la hondura que hay en lo simple: Darío Gómez escribe una samba a su hermana Rosángela, pero sin incluir su nombre, que no carece de la riqueza semántica de las Lauras y Beatrices de los poetas coronados, y a ella canta como si fuera un ave migratoria, con la lozanía de la ronda infantil: “¡Vuelve mi ángel perdido / amor mío, ¿dónde estás? / Mi corazón no ha vencido / esta horrible soledad”. Afrontar las tragedias familiares a través de la composición de canciones es una fórmula artística que también encontramos en su himno de abuelo, donde el rey del despecho narra el drama de su nieta huérfana por la violencia y a ella canta en el coro: “Daniela / soy tu abuelo paterno / y aunque nadie reemplaza / ese amor para ti / tu mamá desde el cielo / quiere verte feliz”. Tanto en *Ángel perdido* como en *Daniela* el juglar paisa comparte sus infortunios con una solemnidad que nos invita a evocar nuestras fatalidades: la piedad que produce la imagen de una mujer joven desdichada nos hace sentir parte de un ritual en el que contemplamos nuestra experiencia de lo terrible.

A esta materia del arte Darío Gómez sumó un estilo muy suyo con la inclusión de más cuerdas y vientos, lo cual supo escenificar con sus productores en videoclips que presentan una estética hermana de la telenovela latinoamericana. Un caso ejemplar es el video de *Sobreviviré* (asombrosa versión en castellano de *I Will Survive*) en el que aparece recortado y pegado sobre la escena en posición de flor de loto, como una nube sobre su público que convulsiona en una histeria de El Show de Las Estrellas de Jorge Barón; luego canta vestido de frac entre la niebla, ante una banca y un farol de parque, como Carlos Gardel o Michael Jackson entre las candilejas de Hollywood; después, sobre un fondo

azul, entre luces amarillas y claves de sol; ahora, con una mujer que cabalga a pelo, símbolo de viril optimismo. Acumulación de imágenes que es la apoteosis del estilo montañero con el que decoramos las busetas y los graneros en Antioquia; barroco paisa al que en Medellín la gente gomela bautizara mañé por manierista y que, al exagerar en el uso de símbolos de abundancia, subraya la fuerza que debe tener el amante desdichado para enfrentar a su destino: “Y viviré porque otro amor llegó con fuerza para amar / Y en mi anhelo de vivir, tengo mucho que entregar, lo has de saber / que no haces falta, sin ti sobreviviré...”.

Pues Darío Gómez canta al amor como a un personaje romántico que existe tanto adentro como afuera de sí y necesita compartir con el ser amado, ese que ya ama a otro y en algunos casos está comprometido. La infidelidad es un tema frecuente en sus tonadas, las cuales promueven los valores del amor cortés de forma tan clara que nos permiten evocar los versos de Dante Alighieri sobre Paolo y Francesca, amantes asesinados tras ser sorprendidos en adulterio: “Amor que al corazón gentil prende fácil... Amor que a ningún amante amar perdona...”, canta el florentino en el Infierno. El hijo del pueblo de San Jerónimo, en cambio, lanzó estas coplas 750 años después: “Te recibí el corazón con toda el alma / no me arrepiento a pesar de tu traición / al darme cuenta que (sic) eres una tirana / me enamoré y el destino me engañó...”. Ahora el amante ha sido traicionado, pero reta a la traidora por no haberle quitado la vida: “Me diste el corazón y me lo diste herido / otro amor te engañó / y tú engañaste el mío / ¿Por qué eres tan tirana con el que sabe amarte? / Debías de (sic) matarme para ya olvidarte...”. Es notable que sobre los arquetipos de la traición se han escrito obras de arte pródigas en aquello de ayudarnos a experimentar la catarsis, al punto de que los libros sagrados, las mitologías y las rapsodias parecieran enseñarnos que la miseria de nuestra especie humana proviene de un triángulo amoroso y de una traición primitiva. Luego, además de regalarnos himnos para afrontar las tragedias familiares, Darío Gómez contribuye, desde nuestro cancionero colombiano, a la continuación de la leyenda del amor en Occidente. Pues incluso al celebrar el encuentro del ser amado él debe recordarnos

la existencia de un dolor original: “Qué negro fue mi pasado / sin importar mi sufrir / siempre viví fracasado / hasta el día que te vi...”, estado de penuria que el hallazgo del verdadero amor puede borrar, al punto de señalarle el inicio de una vida nueva desde la que atisba su pasado con desdén: “Me hiciste revivir de la nada / ¡Ay de mí cuando no te conocía!...”, y ante su experiencia de resurrección promete el amor eterno, aunque sea consciente de que nuestra existencia es efímera: “Yo quiero ser tu amor hasta la muerte / que si tu corazón no lo derriba / ahí me tienes / entregado de por vida...”. Lo cual es el paradigma de la promesa de amor eterno: tú me has salvado de la miseria, por tu amor he vuelto a nacer y por lo tanto prometo, mientras me lo permitas, que seré tuyo hasta la muerte. Acá la ranchera personifica el ciclo de transformación: muerte, amor, vida, muerte; metamorfosis en la que el pueblo cree y es su forma religiosa, trascendental, de comprender el amor.

Por eso, al enterarse de su transformación el pueblo salió a las calles a reivindicar el pacto artístico con su cantor, cumpliéndole en el volumen de la música y de la ingesta etílica en hogares, graneros y parques de Antioquia, así como en las romerías que llegaron al Yesid Santos durante tres días, en un velorio histórico en la Villa de la Candelaria. Los peregrinos se agolparon alrededor del coliseo de voleibol a cantar, rezar, tomar fotos, videos y guaro, entre gritos de histeria, perros, flores, retratos, ponchos, velas, sombreros, gases lacrimógenos, banderas del Medellín y del Nacional, algarabía de familias y parceros, arepas de queso, trunrones de coco, bareta, papita, chicle, violines, guitarrones y trompetas, atletas que hacían calistenia, una mujer a caballo y vecinos que daban guaro a las ánimas del jardín, por no poder bañar el féretro de aguardiente antioqueño, que tal era el deseo de las distintas gentes, como si Darío Gómez fuera el genio de la botella y por eso debiera experimentar su apoteosis sobre mares de anís. Así el pueblo hizo justicia con la estética de su juglar; quien hoy es nube, ayer fuego. ©



Se conocieron en Múnich, Alemania, en 1935. Lo de Irmgard Frobenius, de familia protestante, y Wolfgang Guggenberger, católico, toca decirlo con un lugar común: fue amor a primera vista.

Irma, su nombre en español, estudiaba economía doméstica; Antonio, su prometido, se preparaba como maestro cervecero. Como los nazis iban en ascenso, y ellos pocón de ese virus, decidieron exilar su idilio.

Primero viajó el novio a Barranquilla en 1939, contratado por Cervecería Bavaria. Su primer destino laboral fue Manizales. Antes se comprometieron en matrimonio. Ella lo seguiría, cuando las condiciones económicas fueran estables.

Contra la voluntad de sus padres, la novia intentó viajar en dos ocasiones a Colombia. El primer intento terminó en Génova, Italia. En vísperas de embarcarse para América, Italia entró en la guerra apoyando a Alemania. Irma se vio obligada a regresar a su base.

La segunda fue la vencida. En plena guerra, en marzo de 1941, emprendió un agitado viaje de 81 días alrededor del mundo que finalmente terminó en Buenaventura donde la esperaba Antonio. En cuestión de horas, la pareja viajó a Cali donde se casaron por lo civil y por lo católico. En junio de 1941 se amaban en Manizales.

En 1944 echaron a todos los alemanes que trabajaban en Bavaria. Los Guggenberger Frobenius probaron suerte en Ibagué, en Maracaibo, Venezuela, y en Múnich. El destino les cerró la puerta muchas veces.

En Medellín encontraron acogida. Wolfgang fue contratado por la cervecería de los hermanos León e Ignacio Tamayo. Vivieron en Medellín desde 1946 hasta su muerte.

Aquí nacieron sus hijos. Después de Ilse, primera Maestra Internacional de ajedrez colombiana, nacida en Manizales, vino su hermano Otto, ingeniero. Quien nos regaló la traducción de la hermosa crónica de viaje de su madre alrededor del mundo. Una historia de amor entre la guerra y la espuma de la cerveza. Salud por ellos.

Óscar Domínguez

El viaje de Irmgard Frobenius

24 de marzo
al 13 de junio de 1941

Fotografías de Archivo familiar



El lunes 24 de marzo a las 7:30 a. m. salí de Schorndorf en Wurtemberg, donde tuve mi último empleo como profesora, y con dos maletas me dirigí a Núremberg, la ciudad de mis padres, y luego a Berlín donde llegué de noche.

En el transcurso del martes hice unas últimas vueltas y a las 17:30 abordé el tren en coche litera hacia Moscú. Había muchos emigrantes alemanes y judíos en el tren. Pasamos por Varsovia y a las 7:00 llegamos a la ciudad fronteriza Zaremba Tschitschew donde hubo revisión de aduana.

También ahí estaba parqueado el mundialmente famoso expreso Transiberiano. Nevaba violentamente. Al cabo de unas horas empezó el viaje en segunda clase. Compartía el compartimiento con una señora judía de Viena. En el camarote dormí arriba. En el compartimiento había silla y mesa. Todo el viaje se escuchaban transmisiones de radio de Moscú en alto volumen. El aire en el vagón era polvoroso y pesado ya que no se debía ni podía abrir las ventanas. El paisaje muy nevado con bosques de abedules.

Cada cierto número de horas paraba el tren y uno tenía la oportunidad de respirar aire fresco. Por lo demás el tiempo transcurría conversando y haciendo manualidades. La comida la sirven tres veces al día en el vagón restaurante. La

comida es abundante y grasosa, pero el sitio es sucio, en especial los manteles. El idioma universal en todo el viaje es el inglés. En el vagón litera duermen mezclados hombres y mujeres.

El jueves al mediodía llegamos a Moscú. La impresión de la ciudad sucia y pobre, además de muy fría. El acompañante de Intour en el tren es un ruso de 26 años con talento poético. En la estadía nos asignan a otro joven de guía. Usando el metro llegamos al Hotel Metropol donde almorzamos. A las 5 de la tarde se reanuda el viaje.

De tantas tensiones me enfermé fuertemente del estómago y la bilis, lo cual es muy duro en un viaje. El tren viajó durante 8 días pasando por Perm, Yekartinburg, Omsk —donde me atendió una doctora—, Novosibirsk, Krasnojarsk, Irkutsk a la estación de transbordo Ulan-Ude, bordeando durante seis horas el lago Baikal. Aquí nos dieron de comer sukiyaki. De aquí este tren prosigue su marcha a Vladivostok.

En Ulan-Ude hubo control de aduana toda la noche y luego proseguí en otro tren el viaje a Manchuria, que en ese momento se conocía con el nombre de Manchuco. Pasamos por Chita y al llegar a la frontera con China en Manzhouli, cerca de Borzia, hubo nuevamente aduana. Inmediatamente después del almuerzo proseguimos el viaje de todo un día a Harbin en un excelente tren.

En el Hotel Nueva Harbin me hospedé con otros viajeros. Reinaba una impecable limpieza y un aire primaveral. La comida era japonesa y servida por muchachas muy amables en kimono. Por la noche tuve la oportunidad de conocer un poco la ciudad. A la mañana siguiente abordé el famoso expreso Asiático en dirección a la capital del Estado [debe ser Manchuria] Hsingking [posiblemente hoy Changchun]. Ya no tenía personas conocidas del expreso Transiberiano, a excepción de dos oficiales y una dama japonesa, que me sirvieron de compañía en esta ciudad.

Dormí en el Hotel Jamate y me transporté a la mañana siguiente en una *rickscha* a la estación y proseguí completamente sola a Mukden [hoy Shenyang] y a la frontera con Corea Antung [posiblemente hoy Dandong] donde hubo también aduana. De esta manera entré a la Corea japonesa.

En este viaje, al igual que en los vagones restaurantes en Manchuco y Japón, nos servían una excelente comida con palitos como cubiertos. Todo limpio, apetitoso y decorado con flores. La sopa en una coquita con tapa, el arroz en otra coquita tapada, pescado crudo, carne, *seetang*, salsa de habichuelas, etc. Todo sabe divino. En Japón y Rusia la comida se acompaña con té.

Pero a las dos horas de iniciado este tramo se terminó repentinamente mi ensoñación. A las nueve de la noche la policía me hizo bajar del tren y me llevaron a una inspección en un pequeño pueblo. Mi visa para entrar a Corea empezaba a ser vigente el día siguiente 1 de abril, con lo que se me ordenó volver a salir del país. Estaba deshecha y preocupada con la plata medida. Empecé a llorar y ello hizo posible que me dejaran esperar el plazo de la visa en este pequeño pueblo, donde me hospedé en un auténtico hotel japonés, con ventanas y paredes de pergamino, puertas corredizas y alfombras de paja, que jamás se debían pisar con los zapatos. En la habitación ardía un fuego de carbón en una olla de piedra. La cama a nivel del suelo con un rodillo duro como almohada y kimono.

A las cinco de la mañana proseguí mi viaje en una jornada de 17 horas hasta Wusan. Fue un viaje inolvidable por la belleza y espectacularidad del paisaje coreano.

A las 10 de la noche llegamos a Pusan, y durante dos horas estuvimos haciendo fila para abordar el ferri, lo que me permitió observar el pueblo circundante. Las mujeres usan zuecos de madera con resaltos por lo que su andar es muy bulloso. Las mujeres con niños los llevan amarrados con un trapo a la espalda. Sus vestidos son de seda blanca. Finalmente abordamos el ferri pero prosiguieron interminables pesquisas por parte de las autoridades japonesas. A media noche, sin que me percatara, zarpó la embarcación. Me había quedado dormida en un sofá en el *hall* de entrada. A las siete de la mañana llegamos a Shimonoseki [cerca de Kitakyushu].

En esta ciudad me hospedé en el Hotel Sanyo, un sitio maravilloso y muy elegante. El florecimiento de los cerezos estaba en todo su apogeo. Tuve la oportunidad de subir a un mirador y observar el espectacular paisaje en este día encantador. También hice un *tour* por la ciudad y pasé por un teatro donde daban una película alemana. En el *grillroom* del hotel una comida estupenda con las mesas decoradas con abundantes flores.

Al día siguiente de nuevo viajé en tren. Allí conocí a un señor alemán que venía de Shanghái y vivía en Tokio. En el tren también volví a ver a los dos oficiales japoneses de Changchun. Uno de ellos pronto se bajó: en la después tan conocida Hiroshima. El viaje continuó a lo largo del mar interior de Japón con un paisaje divino y muchas islas. El señor que había acabado de conocer me consiguió para esa noche un sitio en el vagón litera lo cual fue muy agradable. Durante la noche el tren hizo una parada en Kobe, una ciudad impresionantemente iluminada. Allí se bajaron muchos judíos para abordar un barco. A las siete de la mañana llegamos por fin a Yokohama, donde me hospedé en el Grand Hotel. Me impresionaron mucho los parques públicos de Yokohama.

Dos días después apareció el señor Stolle, ese señor tan amable del tren, con su señora a invitarme a su mansión en Omori cerca de Tokio. Allí me recibieron con muchísimo cariño durante 10 días y tuve la oportunidad de visitar a menudo Tokio y Yokohama.

El 21 de abril a las tres de la tarde zarpé en el Ginyo Maru a América. Fue un momento conmovedor.

La cabina la compartía con una dama berlinesa de apellido Albrecht. La comida era estupenda. Todos los días podíamos bañarnos. Jugábamos golfito, sapo, cartas, etc. A los dos días empecé a sentirme mareada, pero afortunadamente no duró mucho. Ocho días se demoró esta vieja y lentísima embarcación de 8000 toneladas hasta llegar a Hawái. Allí debimos permanecer a bordo durante las paradas en Honolulu e Hilo.

En ese trayecto cumplí 26 años y al cruzar la línea de cambio de fecha el miércoles 29 de abril, se celebró de manera muy sensacional el cumpleaños del emperador japonés Hirohito, con ritos y reverencias dirigidas a la madre patria. Fue un miércoles largo de 48 horas.

Reanudamos el viaje hasta San Francisco donde tampoco nos dejaron bajar a tierra. Me sobrecogió muchísimo el tránsito debajo del Golden Gate que ocurrió en medio de una enorme tormenta. En Los Ángeles subió al barco un reportero de prensa: me pidió que le contara mi historia matrimonial y me tomó fotos. Este artículo fue publicado y a raíz de ello retomamos contacto con unos familiares en Hollywood, que les escribieron a mis padres en Kronach. Durante muchos años mantuvimos correspondencia.

Pocos días después llegamos a Manzanillo en México donde por fin nos dejaron bajar a tierra. Por primera vez pisaba tierra firma americana. Deambulamos en grupos por la población, y por la noche comimos en un buen restaurante y fuimos a ver una película en un teatro a cielo abierto. También en el barco había un salón a cielo abierto donde proyectaban películas y hacían fiestas. También estuvimos en Acapulco, a donde nos trajeron en lancha ya que el barco se quedaba anclado más afuera.

La siguiente parada fue en Corinto, Nicaragua, un sitio increíblemente caliente. Nos arrastrábamos perezosamente de un lado al otro. Allí compré unas zapatillas de tela, que uso hoy al escribir estas páginas. En esta agua pudimos ver cantidades enormes de tortugas gigantes, delfines, peces voladores y tiburones.

Luego llegamos a Balboa en la zona del canal. Aquí el viaje, que ya venía retrasado, sufrió un retraso adicional de 8 días, que nos tocó vivir en medio de

un calor infernal de 38 grados en el camarote. De noche dormíamos afuera en la cubierta. De día visitábamos el club americano [Casa del gobernador], donde pasábamos el día leyendo, comiendo y bañándonos. Una gran novedad apetecida para todo el grupo fue el jugo de piña. También fuimos a cine y, en general, deambulábamos hasta la una de la mañana esperando algo de frescura para acostarnos. Nos tocó Pentecostés en Panamá.

Finalmente partimos el 6 de junio a mi estación final: Buenaventura. Recordamos la costa colombiana y el sábado a las 6 de la tarde nuestro barco soltó anclas en aguas colombianas, a la espera de que fuera de día y subiera la marea para ingresar al puerto. Esa noche 4 oficiales japoneses organizaron para mí una fiesta de despedida, en la que pasamos genial. [Un tiempo después el capitán del barco le escribió a Irmgard apasionados telegramas expresándole su afecto y deseándole mucha felicidad en su matrimonio y muchos hijos (...about 4)].

Luego a las 8 de la mañana desembarcamos en puerto y pude finalmente abrazarme con mi querido Wolfgang después de tanto tiempo y aventuras. Nos despedimos de todos y después de hacer la aduana nos trasladamos al Hotel Estación, hasta donde nos acompañaron los oficiales del barco.

Para huir del calor partimos a Cali a las 2 de la tarde en un viaje que demoró 9 horas. El lunes a las 3 de la tarde contrajimos matrimonio en el consulado alemán y el miércoles nos casamos por la iglesia.

Después de aceptar algunas invitaciones que nos hicieron partimos para Manizales a donde llegamos el 13 de junio a las cuatro de la tarde. Con ello finalizó este viaje alrededor del mundo y empezamos una nueva vida. ☺



Se caen los chistes flojos

“Aunque a los cuentachistes profesionales cada vez nos contratan menos, y ya casi que desaparecemos, ahora con eso de que

no se puede hacer chanza ni de esto, ni de aquello, ni de nada prácticamente, vamos a quedar como las guayaberas... por fuera”. Ni hablando de algo tan grave como los efectos de eso que llaman corrección política puede dejar de hacer chascarrillos don Jajairo (así dijo que lo llamáramos a fin de ocultar su verdadera identidad, pues dice que ya le está dando miedo de que un día lo insulten o hasta le peguen, y le cabe algo de razón pues hace poco en una universidad pública, y por contar chistes racistas, fueron linchados un pastuso, un bogotano y un antioqueño).

Don Jajairo ha vivido de sus chistes desde hace más de 45 años, y viendo cómo “peligran”, se puso en la tarea de buscarle la comba al palo: los modifica, les da una vuelta de tuerca, para que sobrevivan a los recientes exámenes. Aquí están, para ustedes lectores (y lectoras también, por supuesto), y en especial para quienes piensan insistir en contar chistes, los consejos de don Jajairo, con los que, creemos, el que pelagra es él.



♦ Para empezar, deja claro que los chistes escatológicos son políticamente correctos porque la mierda es lo correcto en política.

♦ Los chistes sexistas, prosigue, se pueden contar únicamente en eventos académicos y eso a manera de ejemplos, y los misóginos solo para criticarlos luego con vehemencia.

♦ Los de gais, si a renglón seguido se cuenta uno de lesbianas, otro de trans, otro de queer, otro de bisexuales y así hasta agotar las identidades.

♦ Los de suegras solo se permiten si son buenos y los de boquinetos si no se les remeda, lo mismo que los de cojos. Los de avaros, teniendo cuidado de no incluir a algún judío; los de monjas, si no se alude al género de la monja; los de gallinas, mientras la gallina no sea una mujer; los de enanos, solo sin son cortos; y los de prostitutas, sin sugerir que son nacidas en Puerto Wilches, Pereira o lugares similares. Los de limosneros y calvos pueden seguir siendo contados porque, hasta el momento, a ellos casi nadie los defiende.



LLEGAMOS AL PUNTO EN QUE LA MAYORÍA DE CHISTES YA NO SE PUEDEN CONTAR, TRAS HABER SIDO JUZGADOS EN EL TRIBUNAL DE LO QUE HOY ES CORRECTO. ASÍ, PARECE QUE BAJO TAL PRESIÓN EL HUMOR CAMBIÓ PARA SIEMPRE Y QUEDA EN ENTREDICHO SI VOLVERÁ A HACER REÍR, SEGÚN OPINA, CRÍTICA Y PROPONE EN ESTA ESQUINA UN CÓMICO EXPERIMENTADO QUE NO ESTÁ DISPUESTO A RENDIRSE.

♦ Los que tienen por protagonista a un bobo deben contarse más o menos de la siguiente manera: Había una vez un muchacho al que le chorriaban la babas, hablaba enredado y que se mantenía corriendo por el pueblo detrás de una llanta, pero no era bobo, y le dijeron que se subiera a un palo...

♦ Todos aquellos chistes que tengan por tema los cuernos pueden echarse siempre y cuando no se refieran a animales.

Pero además de estas técnicas evasivas, don Jajairo

recomienda que antes de contar un chiste se le haga a la audiencia un resumen —claro, sin estropearlo—, a fin de que se decida por mayoría si lo cuenta o no. También exhorta a los contadores a que, en caso de temer que un chiste ejecutado fue “incorrecto”, se rían de últimos.

Y en un destello de su inteligencia, sugiere a todos leer el clásico libro del gran Sigmund Freud, *El chiste y su relación con el inconsciente que lo cuenta*.

De nuestra parte, cumplimos con darle la

palabra, pero debe saberse que estamos plenamente de acuerdo con la erradicación de esos chistes flojos de la faz de la tierra, que basta ya, que un nuevo amanecer histórico se presenta para el humor, en el que desaparecerán las estigmatizaciones, los prejuicios y los odios, y brillarán la concordia, el amor, la amistad entre los pueblos y la sana burla constructiva. Porque el futuro de la humanidad es cosa seria, nunca más volveremos a hablarle a don Jajairo.



El cooperativismo es para revelar el mundo y dar cuenta de la manera en que vivimos, sí es verdadero cooperativismo, construye y revela un mundo nuevo.



confiar.coop

confiar[®] coop | **50 años**

La diferencia está en confiar

SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

VIGILADO



Érase una vez un poeta
perdido entre los barrios de Puerto Tejada.
Contemplaba las nubes distraído
rumiando el cosmos
con la salubre intención de construir una metáfora
de la sensación que le producía el paisaje.
De pronto a su lado
apareció el Diablo como solo sabe Él aparecer.
Y juntos, el Viruñas y el poeta
se sentaron a ver la trayectoria de nubes
sin mediar palabra.
Así como dos horas con treinta,
hasta que el diablo se cansó
y con un hastalueguito
se fue buscando
con qué entretenerse
dejando tras de sí
un tufo de cuero de vaca mal curtido.

Érase una vez un poeta
escampándose del aguacero
bajo una palma de milpesos
en las inmediaciones del río Tutunendo.
Un niño se le arrima al poeta
en las entrañas del diluvio
y le dice:
le vendo un secreto.
¿A cómo tiene el secreto?, preguntó el poeta.
Se lo cambio por un poema, dijo el niño.
A lo que el poeta respondió
con voz melodiosa:
Las oropéndolas duermen en su nido
una lágrima del árbol.
Y el niño se acercó
al oído del poeta
y le cantó el secreto que tenía.

Érase una vez un poeta

por SANTIAGO RODAS

Érase una vez un poeta
que buscaba hongos en el cañón de la Sinifaná.
encontró dos que le parecieron
suculentos, a falta de mejor palabra.
Luego de comérselos
saludó a un duende de monte
y este le propuso un juego:
yo me escondo
y vos me buscás
pero con los ojos cerrados
que es como se ve de verdad.
Y yo te voy diciendo groserías
en medio de la manigua
para que sepás donde estoy.
Y si me agarrás
te revelo el misterio
para escribir un poema
tan bueno como los de Jaime Jaramillo Escobar
que fue mi amigo.
El poeta aceptó la propuesta
y el duende derramó su grosería
saltando, risueño, entre las flores del cañón.

Érase una vez un poeta
que quería buscar mejor suerte,
en el país de William Carlos Williams.

Caminaba con un coyote
por los caminos traviesos
del Tapón del Darién
para evitar a la policía.

Recorrió junto a los demás
caminantes las inexpugnables selvas
cundidas de mosquitos,
ataviadas de aves coloridas sin nombre
y escuchando pisadas de animales invisibles.

Una lluvia compacta
se desgajó sobre el verde del monte,
Una mujer al lado del poeta empezó a rezar,
este le preguntó si tenía miedo
y la mujer le respondió
que las culebras se embravecían con el agua.

Siguieron el recorrido
el medio de la humedad,
el paisaje impresionista
y algunas prendas que otros caminantes
dejaron a la deriva
hasta que se hizo de noche.

El poeta encendió un Pielroja
y desde la lejanía, en los ojos del ocelote niño
parecía que una luciérnaga
acompañara el camino
de los viajeros.

Érase una vez un poeta
que caminaba por la Oriental
bien llamada avenida Jorge Eliecer Gaitán.
Respiraba el aire enrarecido y apocalíptico
del smog y el misterio
y oía las capas sonoras
de los pregones de fruta, verdura,
pequeños electrodomésticos
y algunos estupefacientes.
De un momento a otro
un sujeto le saca un puñal al poeta
y le dice:
entrégume lo que lleva encima
a lo que el poeta responde
no tengo un cinco ni papeles
A lo que el ladrón responde
¿cómo va a andar sin papeles en el trocen?
A lo que el poeta responde
eso es para la gente y yo si acaso
A lo que el ladrón responde
Yo tengo estas tres cédulas
que me golié,
para que se haga a una identidad
y no ande con esa desnudez estatal
A lo que el poeta responde
listo, camarada
A lo que el ladrón responde,
mientras saca el rectángulo de polipropileno,
vea, esta le luce
queda como todo un señor, bien titino.
A lo que el poeta responde
ahora sí que se tenga la vida real
A lo que el ladrón responde
nos vemos, pues, señor
Jhon Fredy Gómez Atehortúa
A lo que el poeta responde
con su bendición.
Y después del bautizo de fuego
ambos se despidieron
junto al busto cansado de Gaitán
en medio del hervidero
de una multitud de cristianos.



Más duro que un guayabo, un...

Guayabo
Negro
de Efe Gómez



“Sobre ese caos flotaba
un dolor de cabeza.
Un dolor de cabeza autónomo”

El primer audiolibro de la Biblioteca Pública Piloto.

¡Escúchalo ahora mismo
escaneando este código!



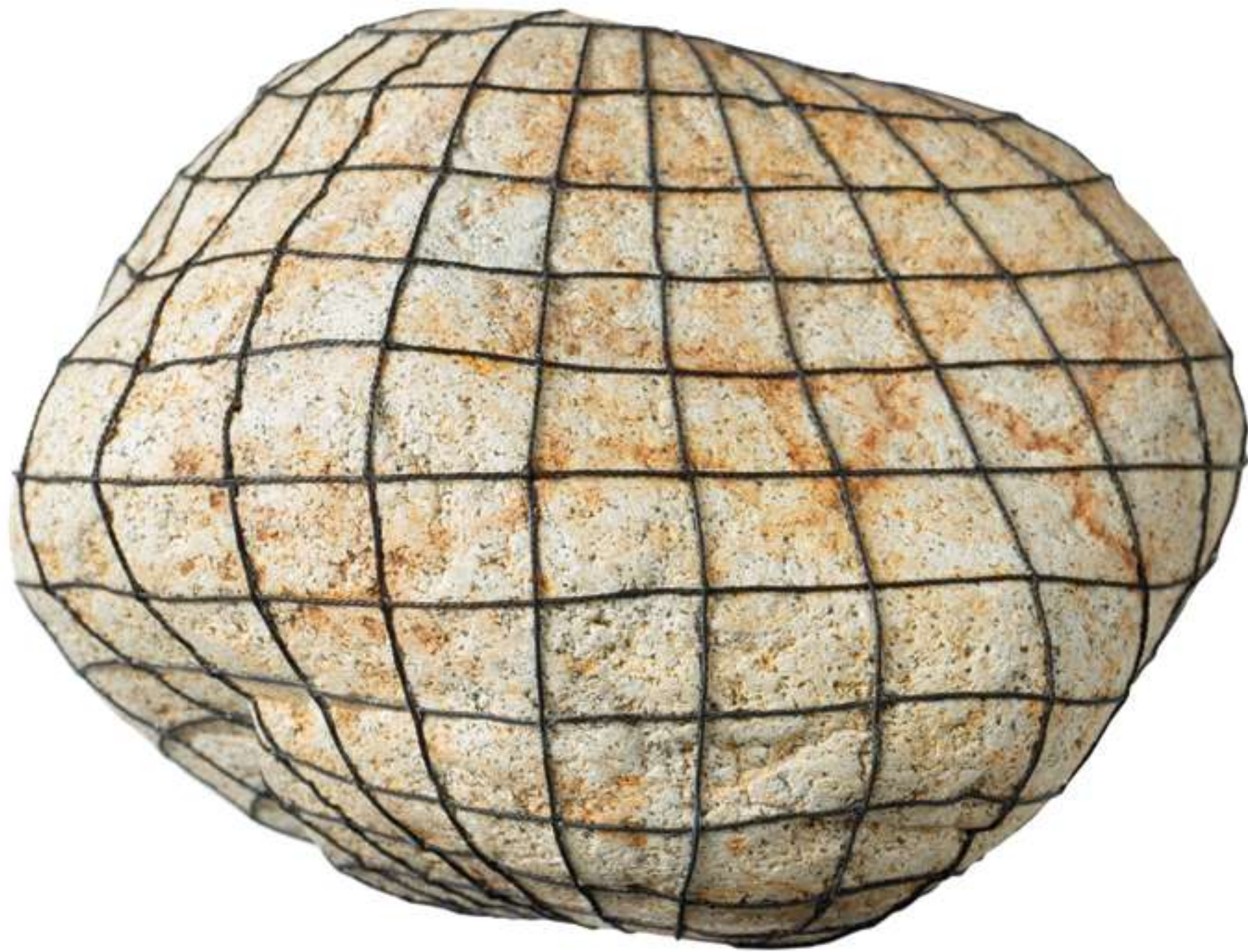
El célebre cuento de una
resaca épica, en la voz de John Viana
Escúchalo en sus dos versiones: una fiel al texto original
de 1923; y otra en lenguaje corriente y actualizado.
Incluye pódcast documental a manera de epílogo.

cosmoteca
bpb

Con el nuevo Jardín
Buen Comienzo
Renacer,

más oportunidades para
nuestros niños y niñas.





Centenares de viajeros de origen colombiano, al mostrar sus pasaportes verdes en aeropuertos y cruce de fronteras, han tenido serias dificultades y problemas, han sido mirados con recelo y sospecha, sometidos a exhaustivas requisas de sus equipajes, separados para inquisitorios interrogatorios por su sola condición de ser ciudadanos de ese país. Ser colombiano para muchos es una especie de mácula, una señal que alerta a las autoridades policiales y de vigilancia a tomar especiales medidas. Esta historia tiene sin embargo un desenlace asombroso debido a que uno de sus protagonistas es de nacionalidad colombiana. Sorpresas te da la vida.

Por ser colombiano

por MAURICIO RESTREPO MEJÍA • Ilustración de Nuevemanuelas



Por una zona boscosa, en medio de enormes pinos y abedules, cuatro hombres se mueven con dificultad, agitados y sudorosos en el atardecer de un verano caluroso, escuchando múltiples disparos y explosiones cercanas que aumentan su preocupación y su cautela al marchar entre los árboles. Se dirigen a Pazeric, un municipio distante a escasos kilómetros de Sarajevo, la capital de Bosnia Herzegovina. Corre el año de 1992 y los crudos enfrentamientos entre serbios, croatas y musulmanes han alcanzado en las últimas semanas su mayor nivel, produciendo múltiples muertos, el cerco de la capital y la creciente angustia de un pueblo que se desangra en medio de una guerra absurda.

Tres de ellos son periodistas en cumplimiento de la peligrosa misión de cubrir el desarrollo del complejo conflicto: Hans Haffner, de nacionalidad alemana, 52 años de edad, un veterano en estas lides que ha viajado por el mundo durante más de tres décadas informando a sus lectores sobre guerras y conflictos armados en los cinco continentes; Eduard Llund, sueco, de 27 años, natural de Malmö, periodista de un *pool* de medios impresos informativos europeos; y Darío Campos, colombiano, de 44, originario de Medellín, destinado por el periódico para el que trabaja, el *Daily Mirror* de Inglaterra, país donde reside hace más de dos décadas. Al igual que Haffner, Campos tiene una larga trayectoria cubriendo las guerras

de este planeta. Con ellos, en calidad de guía y traductor, camina a la cabeza del grupo, escogiendo las rutas a seguir como gran conocedor de la zona, Mirko Jovric, natural de la región que transitan en esta Bosnia atormentada por la guerra. De padre serbio y madre eslovena, Jovric ha desempeñado múltiples oficios, entre ellos taxista y camionero, lo que lo hace un gran conocedor.

Los comunicadores se proponen llegar a Pazeric con el fin de entrevistar al general Ratko Mladic, máximo jefe de las milicias serbiobosnias quien, según fueron informados, se dirige con sus tropas hacia ese lugar. Para Eddy Llund el más joven de los comunicadores, es su primera presencia en el conflicto en los Balcanes, a diferencia de

los otros dos que ya han estado varias veces. La proximidad de los disparos no alcanza a asustarlos aunque toman las precauciones del caso en su marcha hacia el centro urbano donde se supone estarán más seguros. Hace menos de un mes, tres periodistas, un canadiense, un francés y un camarógrafo italiano, perdieron la vida al ser tiroteados por paramilitares serbios, chetniks de feroz nacionalismo que los confundieron con bosnios musulmanes enemigos. Pero ellos saben que este tipo de riesgos hace parte de su oficio: “Se pasan sustos, se viven situaciones complicadas, pero si no quieres pasar por ellas, vete a cubrir mejor el Fashion Show o los movimientos de la bolsa”, le dijo una vez Campos a un familiar cercano que

le advertía sobre los múltiples peligros de su profesión.

El guía les indica que un par de kilómetros más allá de la zona boscosa que atraviesan se encuentra la carretera principal que deben cruzar con precaución puesto que es constantemente patrullada por efectivos del ejército serbio y grupos chetniks. Estos, pese a no estar oficialmente integrados a las fuerzas armadas que comanda Mladic, combaten a su favor y son de los que disparan primero y preguntan después. Los chetniks tienen un lejanísimo origen en el tiempo, cuando también con las armas defendieron su Serbia adorada de la invasión turco otomana siglos atrás.

Hacen una breve pausa para tomar un descanso mientras siguen escuchando ráfagas de fusil y disparos esporádicos lo bastante cercanos como para causarles cierta inquietud. Los periodistas cargan bolsos con equipos fotográficos para ilustrar sus trabajos periodísticos y hasta Mirko, el guía, le ayuda al reportero alemán con uno de sus maletines.

“Nací en Sarajevo cuando, pese a ser hoy la capital martirizada de Bosnia, este no era un país sino una de las naciones que conformaban la antigua Yugoslavia, hoy dividida por las guerras. Es decir, oficialmente soy yugoslavo y aún conservo un viejo pasaporte que así lo prueba aunque este país no exista más. Tengo 35 años, me desempeño como taxista y crecí admirando a nuestro líder indiscutido, el mariscal Tito, tras cuya muerte se desataron todos los odios y lo que era nuestro país se despedazó en medio de una guerra terrible. En esos tiempos vivíamos en paz y había trabajo y escuela para todos. Desde que comenzó la guerra y el cerco a Sarajevo, ayudo a periodistas extranjeros a moverse por la región, les consigo lo que necesitan y me gano unos buenos dólares en tiempos en los que el trabajo escasea. Hace más de un año conocí a Hans y me ofreció servirles de guía de nuevo en esta oportunidad. Con mi familia vivimos tres años en Alemania antes del comienzo de la guerra y allí aprendí alemán y algo de inglés, idiomas en los que me comunico con quienes ahora conduzco a Pazeric”.

Cuando reanudan la marcha y Mirko toma la delantera, Haffner, el periodista alemán que lo sigue de cerca, piensa en la larga lista de conflictos armados que le ha tocado cubrir y las peligrosas experiencias que ha tenido que pasar. Treinta años atrás, tras terminar sus estudios de periodismo en una facultad de Stuttgart, su ciudad natal, comenzó a trabajar en el periódico *Zeitung* de dicha localidad en condición de reportero judicial de noticias locales. Su audacia y valor para enfrentar las situaciones complicadas llevaron a sus jefes a considerar la posibilidad de enviarlo al continente africano a cubrir el conflicto en Angola, donde fuerzas comunistas en el gobierno se enfrentaban a milicias guerrilleras encabezadas por Jonas Savimbi, con el apoyo evidente de los Estados Unidos que pretendía derrocarlo.

Allí comenzó el reportero germano una prolongada carrera que lo ha llevado, a lo largo de tres décadas, por cuanto conflicto o guerra, de mayor o menor calado se haya presentado en el planeta, dándole una desventura y un conocimiento que pocos pueden mostrar. Alto, muy rubio pero con el cabello muy corto, delgado y ágil, Haffner sufre con la alta temperatura en esa tarde veraniega que lo hace sudar a chorros y solo piensa en tomarse un par de cervezas al llegar a Pazeric.

“Mis familiares y mis amigos me dicen siempre que debo estar desquiciado para haber elegido semejante profesión. Bueno: no tanto la profesión sino este ir y venir de guerra en guerra, corriendo el riesgo de que me peguen un tiro o me caiga un obús encima. No intento

hacerme el valiente al decir que nunca he llegado a sentir miedo en el ejercicio de mi profesión. Ni siquiera cuando he estado bajo feroces ataques armados donde lueven las balas y las bombas te caen cerca. Son casi treinta años ya y aquí voy, tal vez empezando a pensar en la idea de retirarme a mi cabaña en las afueras de Stuttgart. Creo que eso todavía va a tardar”.

El colombiano por su parte, de compleción pequeña y fornida, camina pensando en lo valioso que sería contactar el general Mladic, mientras observa a la distancia la proximidad de la carretera y salta con agilidad sobre un pequeño arroyo de oscuras aguas.

“Me produce un profundo dolor esta guerra. En varias ocasiones estuve años atrás en Sarajevo. Imagínese que la llamaban La París de los Balcanes porque allí se realizaban conciertos, foros internacionales y múltiples eventos de la cultura. Una ciudad hermosa y tranquila, donde la gente vivía en paz, por encima de las diferencias religiosas entre musulmanes, serbios y croatas. Una vez empezada la guerra se matan entre vecinos y se han producido todo tipo de atrocidades. Con Hans, un guerrero de mil batallas, hemos compartido sustos, experiencias y hotel, lo mismo que incontables cervezas y wiskis en distintas guerras del mundo: Centroamérica, África y ahora nos movemos por este territorio por tercera vez. También, al igual que él, llevo muchos años trabajando para el mismo medio, casi exclusivamente dedicado a cubrir guerras y conflictos. Hace un par de semanas entrevisté a Radovan Karadzic, el líder político de los serbiobosnios y el reportaje fue todo un hit. Me llovieron felicitaciones y elogios de mis jefes. Si consigo hablar con Mladic, el verdadero estratega militar de las fuerzas serbias, la saco del estadio”.

Llund, el reportero sueco apunta con su cámara hacia una hermosa flor de encendido color granate, mientras Haffner y Jovric comparten un trago de la cantimplora del germano y encienden sendos cigarrillos. Jovric les indica con su mano derecha la proximidad de la carretera principal, unos doscientos metros hacia abajo. “Desde aquí podemos estar a no más de cuatro kilómetros de nuestro destino”, dice en un inglés elemental mientras arroja una larga bocanada de humo.

“Quién sabe cuánto más puede durar este conflicto. A nadie parece importarle lo que nos está pasando. Nuestra ciudad, a la que venían los músicos, artistas e intelectuales de toda Europa, ahora está sometida a un duro cerco por parte de los serbios y la gente se está muriendo de hambre. Para completar el drama, con mucha frecuencia, los serbios disparan desde las colinas contra la gente que sale a comprar con qué comer y hasta les lanzan misiles a las personas que hacen cola para comprar la leche o el pan. Han matado y siguen matando a mucha gente. En buena medida me decidí a servirles de guía y a ayudarles a estos periodistas extranjeros para que le cuenten al mundo que Bosnia agoniza lentamente”.

Cuando llegan a pocos metros de la carretera, Mirko les dice que bajen la voz y se oculten tras unos pinos caídos y lo esperen mientras sale a mirar si no vienen camiones militares serbios o hay presencia de tropas cerca. Tras unos minutos, regresa con gesto tranquilo y les dice: “Intentemos cruzar la carretera y seguir por esa zona boscosa hacia el norte. Por allí hay un camino que nos conduce a Pazeric”. Han dejado de escucharse disparos desde hace varios minutos, situación que los anima a ponerse decididamente de pie para continuar el camino. “Pasemos de a uno, con espacio de un minuto”, les orienta Jovric. El sueco es el primero cruzar la carretera. Una vez lo hace de prisa, se recuesta detrás de unos árboles.

Haffner se echa atrás su morral y emprende el camino. En el momento en que se reúnen, luego de cruzar la carretera, se escucha un disparo muy cerca, seguido de varias ráfagas y fuertes gritos. Todos miran hacia el sitio de donde piensan que provienen los tiros y antes de que puedan hacer nada, aparecen detrás de los árboles y en distintos puntos, no menos de diez soldados de uniforme gris con distintivos azules y rojos, pertenecientes a la milicia serbiobosnia que les apuntan amenazantes con sus fusiles y gritan con cólera en un idioma que ninguno de los reporteros puede descifrar. Jovric, con angustia y expresión de espanto, les responde levantando las manos y conminando a los demás a hacer lo mismo, repitiendo de manera insistente la palabra *ne, ne*, que significa evidentemente no, no, en idioma serbio. Los soldados no dejan de gritarles y agitar con nerviosismo sus fusiles.

Uno de ellos, joven y de agresiva actitud, les apunta con el fusil mientras sigue pronunciando palabras que, a pesar de que no logran entender, perciben son insultos y amenazas. Corre el cerrojo del arma y la apunta de nuevo contra el aterrorizado grupo mientras, Mirko sigue con los brazos en alto y gritando con expresión muy asustada: *ne, ne*. Es un momento de enorme tensión.

Uno de ellos, al parecer el que los comanda, tan joven como todos los demás, pero evidentemente el único que parece calmado, le ordena al que agita el fusil algo y este, pese a responderle unas palabras incomprensibles, deja de gritar y baja la trompetilla del fusil. Mirko se dirige hacia él suplicante y con voz vacilante. Sostienen una conversación que deja a los reporteros en la total intriga. Jovric señala la cámara que todavía sostiene en sus manos Eddy, el periodista sueco, y a continuación les ordena con autoridad a todos: “Muchachos: saquen con la mayor lentitud, con mucha calma sus documentos, algo que les demuestre a estos tipos que son periodistas”.

“Por fortuna ninguno de ellos entendía serbio; el que nos apuntaba insistía a los otros que nos fusilaran de una, pues le resultaba claro que éramos enemigos. El que los comandaba le dijo que se calmara y que iba a revisar nuestra documentación, que no fuera a disparar. Parece que su comandante estaba cerca y lo iban a llamar para que resolviera la situación”.

El joven soldado le recibe a Jovric los documentos de todos y los comienza a revisar con detenimiento. La conversación entre el guía y este continúa, para desconcierto de los demás. Le ordena a otro soldado que porta un equipo de comunicación que le pase el radio y entabla una breve conversación, al parecer con su mando. Jovric les dice a sus compañeros, con tono un poco más tranquilo y sin la evidente expresión de terror en su rostro que mostraba instantes antes: “Está llamando a su comandante, un teniente que los dirige, que ya viene en camino”.

“Pues ojalá se apresure”, dice con cierto sarcasmo y gesto de burla el periodista alemán, “porque si se tarda, estos bárbaros nos van a fusilar aquí mismo”. El soldado lo mira con enojo y le pregunta algo a Jovric, señalando a Haffner. El guía le responde al militar y sin mirar a Haffner le dice en inglés, pero extendiendo su orden a los demás, “quedémonos callados, por favor, para no ir a provocar a estos tipos”.

Tras un largo y pesado silencio y otro intercambio de palabras entre Jovric y el soldado, hace aparición el teniente acompañado de otros doce soldados con iguales atuendos y similares edades, ninguno supera los veintidós años. El teniente es un hombre de físico atlético y gran estatura. Porta tras la espalda un fusil con mira telescópica y en su mano derecha un equipo de

comunicaciones. El que comandaba el grupo captor de los periodistas se cuadró solemnemente ante él y parece rendirle un informe, entregándole los documentos.

Con extrema calma, casi con deleite, el teniente comienza a mirar los documentos uno por uno, fijando sus ojos azules y profundos en cada uno de los periodistas. De pronto, su cara parece iluminarse y deja dibujar una sonrisa: separa uno de los pasaportes, lo vuelve a mirar y dirigiéndose al colombiano, le dice con tono tranquilo, en un español aceptable: “¿De manera que eres de Colombia? Ven acá”, sorprendido de escuchar al militar hablar en español, Campos lo mira y le responde de inmediato: “Sí, señor, soy colombiano y con mis compañeros nos dirigimos a Pazeric, donde pensamos entrevistar al general Mladic”.

Los soldados continúan apuntando sus armas hacia los reporteros. El teniente los mira y les ordena dejarlo de hacer. Todos bajan los fusiles y parecen tranquilizarse un poco. El guía aprovecha el momento de calma para dirigirse en serbio hacia el comandante de la tropa, pero este le ordena en tono sereno que guarde silencio y Jovric calla, dando un par de pasos atrás.

De nuevo dirigiéndose a Darío le dice con una sonrisa: “Aquí dice que eres de Medellín. Yo viví varios años en Cali pero alcancé también a conocer esa ciudad que es entre montañas, ¿cierto? Aunque tampoco la recuerdo muy bien porque solo estuve de paso, si acaso dos días. Donde viví por varios años fue en la ciudad de Cali. Colombia es un país muy hermoso”, agrega con una sonrisa el militar.

Convencido de lo delicado del momento y buscando aprovechar la conversación con el teniente, el colombiano le pregunta: “¿Por qué terminó viviendo en mi país? ¿Cuánto hace de eso?”.

Sonrió de nuevo el joven teniente, como evocando buenos tiempos y le dijo: “Mi padre estuvo en Colombia como entrenador de un equipo de fútbol en la ciudad de Cali. Yo tenía trece años cuando eso y estuvimos hasta que cumplí dieciocho. La pasamos bastante bien allá, mis viejos, mi hermana y yo. Luego volvimos a Yugoslavia, que cuando eso no se había desintegrado y ya me ve, terminé metido en esta guerra”.

Haffner, que también entendía español, se atrevió a preguntarle: “¿Podemos seguir nuestro camino a Pazeric? Después del susto que acabamos de pasar, es justo continuar el camino hacia unas cervezas allá”.

El teniente revolvió los documentos que seguía manteniendo en sus manos, buscando el del periodista alemán. Al encontrarlo, lo leyó con atención y mirándolo fijamente le dijo: “No es que nos gusten mucho los alemanes por estos lados, mi amigo. Ustedes siempre están del lado de esos malditos de los croatas. De hecho, todos ustedes están corriendo un enorme riesgo al meterse por aquí”.

El teniente da unos pasos hacia Campos y le entrega los documentos de todos, agregando: “Mis hombres los van a acompañar por la carretera hasta Pazeric. Mladic anda bastante lejos de por aquí y no creo que vaya a venir. Tu país es muy bello y nos trató muy bien. Tuvieron suerte de que Milos no les hubiere disparado. Es un loco que ve turcos en todas partes”. Se refería al más agresivo de los soldados que los habían capturado. Y con lo de turcos, se refería a los musulmanes bosnios, sus enemigos en esta guerra. La herida de la derrota de los serbios siglos atrás ante los turcos otomanos en la batalla del Campo de los Mirlos había sido cuidadosamente utilizada por los dirigentes serbios, entre ellos Milosevic, para azuzar el odio.

“Guardo muchos agradecimientos por la gente de Colombia. Tal vez por eso están vivos”, agregó el teniente. ☺

por FRANK BÁEZ • Y O F U I R A P E R O

Ilustraciones de Hansel Obando

Fui rapero por un periodo tan breve que hasta suelo olvidarlo. Para entonces tenía doce años, lo que significa que estaba en medio de la pubertad y que a diario sufría mutaciones: las hormonas se disparaban y era posible que una mañana amaneciera con una pulgada más de altura o con un bigote o con otra voz. Ese verano de 1990 la voz me cambió y adquirió una aspereza, un registro más grave y profundo, que le llamé la atención a mi amigo Máximo, quien me aseguró que con esa voz yo podía rapear.

Todos en el barrio queríamos ser raperos. La fiebre nos la contagió *Holiday Rap* que era el himno de Mundo sobre Ruedas y que rapeábamos a cada rato, aunque para ser sincero, el único que lo rapeaba bien era Máximo. Es más, si el tema sonaba y de pronto alguien pausaba la casetera, él por inercia lo continuaba con celeridad, sin cometer ningún error, moviendo la cabeza al ritmo del *beat* y esforzándose tanto que le brotaba una vena de la frente que por una extraña coincidencia tenía la misma forma del logo de Nike. Pero no solo lo hacía con *Holiday Rap*, también rapeaba temas en español que se pegaron entonces como *Viernes Trece* de Vico C o *Mi abuela* de Wilfred y la Ganga.

Ese verano que me cambió la voz pasé mucho tiempo en el cuarto de Máximo. Las paredes las tenía forradas de fotos de raperos que había recortado de revistas y hasta tenía uno de esos gigantescos radios de doble casetera que todos envidiábamos y que su padre que vivía en Nueva York le había mandado. A veces le subía tanto el volumen que su hermana se ponía a golpear con furia la puerta. Tras tres horas de rap a mí no me cabía una rima más en el cerebro y me largaba a jugar a la cancha. A veces Máximo me acompañaba. A pesar de que era bien alto y tenía los brazos y las piernas largas, mi amigo era un pésimo basquetbolista: defendía mal, daba muchas faltas y que yo recuerde nunca encestó un tiro ni capturó un rebote. Su reputación era tal que podía estar solo debajo del aro y a nadie se le ocurriría pasarle la bola. Ahora bien, cuando anochece y se ponía demasiado oscuro como para proseguir el partido, él sacaba pecho y preguntaba si alguien quería enfrentarlo. Ninguno se atrevía. Pero de vez en cuando un incauto se levantaba. Tras un minuto de insultos rimados el chamaquito se volvía a sentar avergonzado y mi amigo recuperaba todo el respeto que el básquet le había hecho perder.

Cuando le comenté a Máximo que me gustaría rapear a él se le ocurrió hacer un dúo. Bueno, antes de arrancar, yo tenía que aprender a hacerlo. La verdad es que no pegaba una rima. No lo lograba. A veces practicaba en la casa, pero a mi hermana mayor le molestaba y no paraba de ir y venir por el pasillo gritando que me callara y que no la dejaba hacer su tarea. Así que para evitar molestias salía en mi bici y le daba la vuelta al barrio rapeando.

Entonces la gente consideraba el rap obsceno y eran pocas las emisoras que se arriesgaban a programar las

canciones. Supongo que se debía a que mientras en los merengues o en las salsas se servían del doble sentido o metaforizaban el erotismo o la violencia, en el rap se iba al grano y se soltaban todas las malas palabras que le cabían a uno en la boca. Sin embargo, más que escuchar rap lo que me fascinaba era improvisar, fundirme en el ritmo.

Una noche me regañaron porque eran más de las ocho y yo no había ido a comprar el pan. Mami se puso a gritar que para esa hora los panes ya estarían fríos y duros como piedras. Pedaleé con rabia hacia la panadería. En el trayecto esa ira se fue convirtiendo en palabras, en rimas y para cuando llegué a la panadería tenía una canción. Tuve que transcribirla para que no se me olvidara. Cuando se la rapeé a Máximo este lanzó una crítica demoledora y hasta llegó a decir que mi estribillo de “mami me mandó a comprar el pan” no era más que una copia del *Mama Said Knock You Out* de LL Cool J. Al principio acepté la crítica de buena fe, pero insistí tanto que terminé con ganas de soltarle un *golopón*. Aunque lo que realmente me encojonó fue el tonito de sabelotodo que usaba. De vez en cuando le venía. Recuerdo que un fin de semana fuimos a patinar a Mundo sobre Ruedas y que como era costumbre el DJ puso *Holiday Rap* y todo el mundo empezó a corearla. En medio del jolgorio Máximo soltó que MC Miker

G y DJ Sven, quienes rapeaban la canción, no eran neoyorquinos, a lo que yo le contesté en broma que a mí me parecían tan neoyorquinos como *Los Cazafantasmas*. Entonces él soltó una carcajada irónica y con el tonito afectado dijo que como yo ignoraba el inglés no me había enterado de que los raperos eran dos blancos holandeses y que ninguno de los dos vivía en Nueva York.

Cada vez que hacía esas cosas yo me encojonaba tanto que juraba que nunca más pisaría su cuarto. Pero el pique no me duraba ni una semana. Esa vez retorné al cuarto día.

Nos sentamos a escuchar un casete de los españoles Def con Dos, y en un momento Máximo pausó una de las alocadas canciones y prosiguió rapeándola él mismo, alargando el tema con sus propias rimas y gesticulando para que interviniera con las mías.

—No lo dejes caer —me decía con respecto al ritmo—. Es como aparar una pelota. El ritmo es esa pelota que lanzas cada vez más alto y que aparas para que no toque el suelo.

Decía esas cosas que parecían sacadas de la serie *Kung Fu*. En ocasiones, la cosa fluía, me dejaba llevar por el flujo verbal, pero inmediatamente concientizaba que lo hacía me trababa. Entonces Máximo me gritaba que no pensara, que me dejase guiar por el ritmo y lo acompañaba con el baile.

—Uy, yo bailo malísimo —le respondía.

En fin, no nos quedó de otra que grabar y escribir las rimas para conservarlas. Así fue como surgió el único tema que hicimos juntos, *Zombis en los Kilómetros*, una especie de homenaje a nuestro barrio y a las películas de terror ochenteras que programaban los sábados por Telesistema.

Para la grabación Máximo sugirió que buscáramos un primo suyo que desde que vio *Locademia de Policías* estaba obsesionado con Michael Winslow y lograba imitar algunos de los efectos de sonido que hacía con su voz. Grabamos el tema en menos de una hora y el primo de Máximo le añadió una sirena de ambulancia que le dio mayor credibilidad. En la noche fuimos en busca de Papo, un greñú que era vendedor en la tienda Malaquías y que en ese entonces presentaba cada sábado un espectáculo de *break dance* y *electro buggy* en la pizzería La Pampa. Le dimos el casete y nos sentamos unos minutos en la marquesina al lado de un gordo caco pelado que tomaba un refresco Mirinda. La canícula hostigaba. Sentíamos el goteo del sudor bajándonos a toda velocidad por el espinazo. A Papo, sin embargo, parecía no afectarle la alta temperatura, ya que pese a tener puesto un sudador de Adidas con el zíper hasta el cuello lucía fresco como una lechuga. Siempre

vestía a la vanguardia y lucía tan sofisticado que parecía proveniente del futuro o de Nueva York.

En cambio, Máximo y yo teníamos la mala costumbre de ponernos la misma ropa como si fuera una especie de uniforme del barrio. Hasta entonces no habíamos pensado en lo esencial que era el vestuario en el imaginario de un rapero. Máximo era hasta peor que yo y no se apeaba una gorra de los Atléticos de Oakland, unas bermudas verdes y una camiseta percutida. Decidimos prestar más atención a nuestra pinta. Después de mucho debate, Máximo cambió unos dólares que le mandó su papá en Semana Santa, fuimos a Malaquías y asesorados por Papo compramos unos *jeans* prelavados, par de camisetas Ocean Pacific y dos gorras de los Mets de Nueva York.

Una tarde Papo fue a la cancha para decirnos que le había gustado el demo y que nos invitaba a participar en una competencia de raperos que estaba organizando.

—Se va a llamar La Batalla de los Titanes —dijo con un dejo de orgullo en la voz y explicó que el otro día vio un especial de lucha libre donde docenas de luchadores se entraban a trompadas en el *ring*—. Quiero hacer algo similar con los raperos del barrio. El vencedor nos representará en los concursos interbarriales. ¿Y quién sabe?

Hasta podría representarnos en el programa Viva rap.

Hablaba como todo un promotor de la televisión. Pero a Papo le fue mal con el patrocinio. Cuando se lo propuso al dueño de La Pampa este le negó el apoyo y acusó a Papo de convocar una caterva de tectos que se la pasaban fumando yerba en los parqueos de la pizzería. Quizá si hubiese suspendido entonces La Batalla de los Titanes no hubiera pasado lo que ocurrió, pero Papo era tan terco y quedó tan dolido con la negativa que decidió hacer el evento en otro lugar.

Fue así como La Batalla de los Titanes se llevó a cabo un sábado en la cancha de Nordesa. La había programado hasta a la misma hora que empezaba la exhibición de *break dance* y *electro buggy* de la pizzería La Pampa. En un principio pensamos que eso afectaría la convocatoria del evento, pero nos equivocamos totalmente, ya que la cancha estaba tan llena que, como decían en la lucha libre, no cabía un mandao. Papo se movía entre los círculos de raperos junto a una jevita que tenía un culazo y que a Máximo le recordaba a Lisa M. Nadie en la cancha se veía tan *cool* como Papo, quien para la ocasión se había recogido las greñas, hecho unas trencitas y puesto una de esas camisetas de Bob Marley en que las hojas de mariguana eran más visibles que el cantante jamaquino.

Cuando llegó a nuestro lado nos explicó que lamentablemente no tenían micrófono.

—¿Se va a suspender? —preguntó Máximo.

—No se va a suspender —contestó Papo medio molesto—. Lo haremos sin micrófonos. Estas vainas se dan mejor cuando se hacen sin micrófonos.

Se hizo un silencio que la jevita con el culazo aprovechó para sugerirnos que a falta de micrófonos proyectemos nuestras voces como hacen los actores en el teatro. Luego nos dijo chau con piedad y se fue con Papo a hablar con unos bailarines de Nordesa. Un chamaquito al que le decían Cara de Vieja nos contó el rumor que circulaba por la cancha con respecto a los micrófonos. Un pastor había puesto a disposición de La Batalla de los Titanes el equipo de sonido de su congregación, es decir, los micrófonos y los amplificadores, pero cuando Papo fue por ellos con sus trencitas y su camiseta de Bob Marley, el pastor se puso como el diablo, lo mandó a pelarse y se negó a prestarle el equipo.

—¿Pero por qué? —le preguntó Papo.

—Varón —le respondió el pastor—, usted parece tecto. No le voy a prestar el equipo de sonido a un fariseo sinvergüenza.

Nunca supe si el rumor era cierto. Tampoco estaba seguro de si Papo había pedido permiso para escribir con

aerosol en una de las paredes de la cancha el nombre del evento.

Fue la peor tarde de todo ese verano. Bueno, a mí no me fue tan mal. Si tomamos en cuenta mi edad y las pocas semanas que tenía rapeando, debo reconocer que me fue regular. Al primer contrincante prácticamente lo destrocé con algunas rimas que tomé de “Mami me mandó a comprar el pan”. Sin embargo, cuando me enfrenté con el segundo, que era un gordito que le decían Burrulote y que había participado en Viva Rap 89, estaba afónico y no pude evitar que me aplastara como un insecto con su estupendo *flow*.

Pero lo de Máximo sí fue terrible. Le tocó con uno que llamaban el Bombero. Cara de Vieja me explicó el origen del apodo. Según contó, en ese entonces tenían ocho o nueve años y estaban maroteando y uno de los chamaquitos se subió hasta el cogollito en busca de los limoncillos más grandes y jugosos, pero ahí las ramas eran tan finas y frágiles que no lograba bajar. Por lo que empezó a gritar desesperado que buscaran a los bomberos para rescatarlo. Así que el contrincante de Máximo se embolsó a buscarlo y regresó al rato con un bombero que ayudó al chamaquito a descender sano y salvo de la mata. La cosa es que ese bombero no era de los que apagan fuego sino de los que despachan combustible en las bombas de gasolina. Instantáneamente, el mote del Bombero se le quedó pegado como un chicle en un pantalón.

Desde que se puso en frente del Bombero a Máximo le vinieron los nervios y hasta le brotó la vena de la frente. Cuando le tocó su turno se volvió nada. No le salían las rimas. Era como si tuviese un ataque de tartamudeo. Papo, que conocía el talento de Máximo, decidió anular el combate. Ante los reclamos alegó que era la primera vez de Máximo y que se había paniqueado.

—Gente, démosle un chance —dijo con su carisma acostumbrado.

Se le acercó a Máximo y le susurró algunas cosas al oído. Pese a que el Bombero se quejó por favoritismo, no le quedó de otra que acatar la situación. Así que arrancaron nuevamente. Pero en vez de rimas Máximo soltó un sollozo. Estaba a dos metros de él y no lo podía creer. Para que se hagan una idea, Máximo y el Bombero estaban ubicados en medio de la cancha y en torno suyo había un círculo de raperos *wannabe* con gorras y pañuelos envueltos en la cabeza que no paraban de enzarzarse. Pues tan pronto vieron que Máximo no podía controlarse las lágrimas, estallaron en burlas, insultos y mentadas de madre. Hasta empezaron a llamarle Mí-nimo y corearon:

No le des más duro
que no se va a parar.
No le des más duro
que no se va a parar.

El Bombero se valió del caos y soltó un arsenal de improperios que hicieron trizas a mi amigo. Antes de terminar le arrebató la gorra de los Mets, la lanzó al aire, la apará, se la puso al revés y luego flexionó los músculos que no tenía a la



manera de Hulk Hogan y soltó un grunido potente. Su payasada fue seguida de una ola de aplausos y silbidos. Junto a un rapero de Costa Caribe deposité a Máximo en las gradas.

—Larguémonos —le insistía, pero mi amigo aún no emergía del *shock*.

Una vez que los sollozos, las lágrimas y la vena brotada de la frente cedieron sugirió hablar con Papo para que le diera otra oportunidad. Pero tan pronto se puso de pie se le descompuso la cara y la vena volvió a brotar. Al rato desistió y yo fui a donde el Bombero para que me devolviera la gorra de Máximo.

—Intenta quitármela —me dijo.

Tuve que pedirle ayuda a Papo que le arrebató la gorra de un cocotazo. Nos fuimos como habíamos llegado, Máximo sentado en la barra de mi bici y yo pedaleando. Mientras más nos alejábamos de la cancha más mi amigo se recomponía. Tuve que insistirle para que me explicara su sorpresiva reacción.

—Perdí el ritmo —admitió.

Evoqué esos momentos cuando rapeábamos en su cuarto y lanzábamos el ritmo hacia arriba.

—Querrás decir que se te cayó —le dije como para evocarle ese recuerdo.

Pero Máximo negó con la cabeza y aseguró que no se le había caído, sino que lo había perdido. Fue entonces que pasó una camioneta 4 x 4 que casi nos atropella. Frenó con un chirrido y dio reversa. Tan pronto nos alcanzó el conductor bajó el vidrio tintado y yo reconocí a uno de los raperos. De seguro era un quinceañero a quien el papá le había prestado la camioneta para que fuera al evento y se la presumiera a todo el mundo.

—¡Raperos wannabe! —nos voceó haciendo una mueca.

A Máximo le volvieron las lágrimas y a mí eso me encojonó tanto que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener el equilibrio y no estrellarnos. Ya que no le hacíamos coro, volvió a insultarnos, subió el vidrio y la camioneta aceleró guayando gomas. Al verla perderse en la calle supe que con ella también se perdían mis ganas de ser rapero.

No volví a entrar al cuarto de Máximo. Tras lo sucedido, me imaginé que estaba muerto de vergüenza conmigo y con todo el barrio, por lo que suspendí mis visitas por una semana. Cuando finalmente fui tuve que vocear para que me abrieran la verja de hierro. La que me abrió fue su hermana que sin dejar de hablar por el inalámbrico me indicó con la cabeza que fuera hacia los aposentos. Por primera vez el seguro de la puerta del cuarto de Máximo estaba puesto. Le voceé, toqué la puerta con fuerza y hasta la pateé. Nada. Pegué el oído en la puerta a ver si distinguía un rap o algún sonido proveniente de la pieza. Por un momento pensé que no estaba, que quizá había salido sin que su hermana se diera cuenta o se había metido de pronto en el baño, pero tras mucho esperar se me ocurrió que tal vez estaba ahí dentro, tumbado en la cama, mirando el techo, sin ganas de verme. A la larga me fui sin decirle adiós a la hermana de Máximo que estaba entretenida con su llamada.

Acabaron las vacaciones y las clases ocuparon todo mi tiempo. Coincidíamos en la cancha, pero no mencionábamos el suceso, no por reticencia ni nada por el estilo, sino porque era algo que ya había quedado atrás y que habíamos superado.

Al año siguiente me mudé de barrio y perdí contacto con los amigos de Miramar. A algunos los veía en fiestas y a otros paseando por la ciudad. Pero lamentablemente no volví a toparme con Máximo en todo ese tiempo.

Tuvieron que transcurrir veinte años de La Batalla de los Titanes para que lo volviera a ver. En ese periodo me hice

psicólogo, hice una especialidad en el extranjero y estuve a punto de empezar un doctorado, pero para desgracia de mis padres renuncié a todo y me dediqué a escribir. De hecho, me consagré tanto al oficio que no tenía empleo estable y acabé debiéndole plata a todo el mundo. Para sobrevivir hacía algunos trabajos de edición. Por esos días, mi amigo Chelo, que conocía de sobra mi apretada situación financiera me contrató para escribir el prólogo de su primer libro de fotografías. Me citó una noche en su restaurante favorito del barrio chino. Inmediatamente nos sentamos en una mesa redonda, le hizo una seña a un mesero y ordenó mapo tofu, hojas de batata china, cerdo asado, una cazuela de bacalao con berenjena, calamares a la sal, en fin, todo un manjar que nos bajamos con deleite. Tras pagar la cuenta propuso dar una vuelta por el barrio chino para activar la circulación. Como además de fotógrafo, Chelo es un reputado arquitecto, aprovechó la caminata para ponerme al tanto de las transformaciones que habían sufrido los edificios de estilo *art déco* que databan de los años treinta y veinte del siglo pasado. Nos detuvimos frente a lo que fue el teatro Max y que hoy es una iglesia evangélica llamada Dios es amor.

—Fue el primer cine que tenía una puerta de entrada y otra de salida —dijo Chelo apuntando con su cámara Canon al edificio deteriorado—. Y además tenía abanicos para combatir la calor. Te voy a mostrar.

Cruzamos la Duarte. En la entrada había una señora canosa, con una blusa gris y una falda negra, que citó algo de la Biblia que apenas entendimos. Dentro celebraban un culto. Casi todos los feligreses estaban de pie mientras en el escenario el predicador de alta estatura sostenía el micrófono con una mano y con la otra una Biblia que estrechaba contra su pecho. Llevaba puesta una camisa azul celeste metida por dentro de unos pantalones de lino y unos mocasines marrones. Toda mi atención estaba centrada en él. Era Máximo. A pesar de que su voz era más grave y de que había aumentado de peso, su cara seguía huesuda e incluso ahí estaba la vena brotada en la frente que le salía cuando rapeaba y que tantos habíamos comparado con el logo de Nike. Sabía que no necesitaba abrir la Biblia porque de seguro se había aprendido de memoria los versículos como lo hizo en su adolescencia con las rimas. Predicaba acerca de una noticia que la prensa en esos días había reseñado mucho. Durante un viaje en yola clandestino rumbo a Puerto Rico se había armado un pleito y los organizadores lanzaron por la borda a uno de los tripulantes, quien estuvo flotando en alta mar por cinco días hasta que fue rescatado por la marina de guerra. Máximo comparó la aventura de dicho hombre con el relato de Jonás, el profeta que desobedeció el mandato de Dios e intentó escaparse en una embarcación que iba en sentido contrario a la ciudad donde se le había ordenado ir. Ya en el mar se armó una tempestad que casi hunde el barco y los tripulantes al enterarse de que Jonás era la causa de la tormenta decidieron lanzarlo por la borda para salvar sus vidas.

—Hermanos en Cristo —dijo Máximo alzando su Biblia—, imagínense a Jonás en medio de la tempestad a punto de ahogarse. Cree que le ha llegado la hora. Pero Jehová no lo ha olvidado. ¡Ay no, Jehová no olvida! Ahora Jonás se dará cuenta de lo que Jehová es capaz. ¿Y qué hace? Envía una ballena. ¿Y qué hace la ballena? Se traga a Jonás de un bocado.

Puso la Biblia debajo del brazo y se fue frotando la barriga a medida que se movía por el escenario. Contaba todo esto con una gracia y un carisma

que enardecía a los feligreses. De repente se arrodilló y todos los feligreses lo imitaron.

—Jehová lo compadece y al tercer día manda a la ballena a una playa y esta vomita a Jonás.

Ya que Chelo y yo éramos los únicos que estábamos de pie temí que Máximo centrara la mirada en nosotros y me reconociera. Hasta imaginé que me invitara al escenario y relacionaría mi aparición con un milagro. Así que me volteé hacia donde Chelo que fotografiaba la decadencia del antiguo cine.

—Vámonos —le murmuré.

Echamos a andar sin mirar atrás y Chelo me comentó que sacó una buena foto del pastor. Ya afuera extendió los brazos para mostrar las tiendas y los restaurantes con letreros en mandarín y comentó la ironía con que las cosas se transforman.

—También la gente cambia —le dije.

O tal vez no lo dije y lo pongo ahora en el texto para crear cierto efecto. De lo que sí estoy seguro es que nos despedimos al cruzar la Duarte y en el trayecto hacia mi carro yo pensé que Máximo me saldría al paso, pero no sucedió y desde esa noche solo he vuelto a ver su cara en la foto que Chelo incluyó en su libro. ☺



*Frank Báez es un poeta dominicano. “Yo fui rapero” forma parte de su libro de cuentos *Págales tú a los psicoanalistas*.

Así es la generación de energía en una central hidroeléctrica

Este es el proceso por el que la energía potencial del agua se convierte en la energía eléctrica necesaria para cargar la batería de un celular o calentar una arepa.



Nos han repetido hasta el cansancio, en declaraciones oficiales y titulares de prensa, que cuando Hidroituango esté operando al máximo de su capacidad proveerá cerca del 17 % de la demanda energética de Colombia. Algo así como que uno de cada cinco bombillos que se enciendan en el país serán con energía que saldrá del megaproyecto que embalsó el río Cauca en el Norte de Antioquia.

Lo que quizás no nos han contado tanto es cuáles son los principios físicos y mecánicos que se necesitan para embalsar un río, abrir una compuerta y hacer que el agua haga mover unas turbinas y se convierta en la energía que luego viajará hasta su casa.

Felipe Beltrán Rodríguez, doctor en Ingeniería Eléctrica de la Universidad Federal de Santa Catarina (Brasil), explica que la ciencia que se esconde detrás del proceso de generar energía a partir de un caudal de agua parte de un

principio básico que hay que tener en cuenta: la energía ni sea crea ni se destruye, solo se transforma.

“Podemos decir que en una hidroeléctrica el agua embalsada va a estar en una cota (altura) mayor y la casa de máquinas va a estar en una cota menor. Cuando se abre la compuerta, el agua cae por una tubería y convierte toda esa energía potencial que tenía por la altura en energía cinética que es, simplemente, que el agua mueve una turbina”, explica.

Luego de eso —añade el experto— viene parte de la magia o por lo menos parte del proceso que no vemos. El segundo paso es transformar esa energía cinética, ese movimiento, en energía eléctrica:

“La fuerza del agua hace mover la turbina y la turbina mueve un rotor que va a estar acoplado a un generador que va a inducir una corriente, genera un

campo magnético, en unas máquinas eléctricas. De ahí la energía puede ser transportada a las zonas de consumo (casas, negocios, alumbrado público)”.

Una explicación que aunque parece fácil tiene en cuenta un sinnúmero de variables y complejidades en cada proyecto como la altura a la que cae el agua, el volumen de metros cúbicos por segundo, la capacidad de los generadores, la capacidad instalada de cada hidroeléctrica y hasta la necesidad de generar determinada cantidad de energía en sincronía con la demanda para que el sistema no se desequilibre.

El agua utilizada vuelve al río, o a la fuente original desde donde se capta, y la energía viaja vía líneas de transmisión y distribución hasta los hogares y las empresas que reciben el servicio. Ese es el proceso que hoy ocurre en más de 140 centrales hidroeléctricas que aportan cerca del 70 % de la oferta energética de Colombia.



LA HORA MÁS DURA

por BERNARD LEMOND • Fotografías del Archivo Ineos

A Pippo Ganna, el portento piamontés del Ineos, lo conocí en Italia, en 2021. Estaba en Turín, regodeándome entre cientos de turistas y caminando por las plazas Carlos Alberto, Solferino y San Carlos, todas ellas vecinas, hacia el occidente, del Palacio de los Saboya y, hacia el oriente, del Hotel Roma, donde se suicidó Pavese.

Precisamente, frente al Palacio Real de los Saboya, traté de entrevistarle, pero fue imposible arrancarle más de dos palabras, ambas fueron escuálidas, sin sustancia.

“Grazie, saluti alla Colombia. E tutti ok”, dijo el grandote desde sus ojos tibios y su sonrisa nacarada, mientras acomodaba sus “gambas” en la hermosa Pinarello que su equipo recién le había entregado, en Monza, para el inicio del Giro de Italia.

Ese día, en una crono de ocho kilómetros y medio, Pippo voló y se vistió de líder, y yo fui testigo presencial, sentado a un costado del puente Emanuele I, a orillas del Po. Casi podía oír su respiración mientras se doblaba sobre su bicicleta en las chicanas de la calle Garibaldi.

Fue líder durante tres días, hasta la subida a la fría Séstola, donde Alessandro Di Marchi se vistió de rosa. Luego, en la etapa nueve, en Campo Felice, Egan tomó el liderato de la carrera y Ganna se vació para ayudarlo.

No había ciudad donde no vitorearan al piamontés. Venía de ser campeón olímpico de la persecución por equipos en Japón, y ya acumulaba varios títulos mundiales, dos de ellos en crono y otros tantos en pista. Una bestia que hacía recordar al suizo Fabian Cancellara, con quien llegó a entrenar en cercanías del lago Como.

Pippo también ganó la crono final del Giro, en Milán, redondeando una carrera inolvidable para el Ineos, con Egan Bernal campeón absoluto de la *corsa rosa*. Un día antes, en Verbana, su pueblo natal, lo había visto pasar



tiempo con su familia y recibir títulos y medallas de parte de los gobernantes de esa hermosa localidad repleta de yates, chalets y vecina de Suiza.

En Milán, frente al Duomo, le preguntaron por primera vez sobre el récord de la hora, y Pippo respondió muy convencido: “Sí, lo intentaré”, pero no aclaró cuándo.

El récord de la hora es una prueba individual muy antigua que nunca ha gozado del prestigio que poseen las pruebas olímpicas o del calendario UCI. Causó revuelo cuando lo batió Eddy Merckx, en 1972, o cuando el británico Chris Boardman lo rompió en tres ocasiones diferentes, con una bicicleta de alta tecnología, las primeras dos veces, y con una convencional, en su último intento.

Según la Unión Ciclista Internacional (UCI), el primer récord lo logró el ciclista y periodista francés Henri Desgrange, uno de los precursores del Tour de Francia, en mayo de 1893, en un velódromo de París. Alcanzó a rodar, durante una hora, 35 kilómetros y 325 metros. Un año después, también

en París, Jules Dubois lo batió por casi tres kilómetros y luego, en Denver, Colorado, en 1898, Willie Hamilton logró superar los cuarenta kilómetros y setecientos metros. El ciclismo seguía derrumbando barreras de alto rendimiento.

Al comienzo se trató de un reto del poder humano, pero desde los años treinta también pasó a ser una competencia tecnológica entre las marcas de bicicletas. Por eso el récord es vigilado por dos agencias, la UCI y la International Human Powered Vehicle Association (IHPVA).

En esta categoría, lo curioso son los nombres de las bicis, además de los registros alcanzados. Marcel Berthet, francés, logró el primer registro con una cabra altamente tecnológica en 1933. La llamó la STD Bicycle y rodó 49 kilómetros y 99 metros. Cinco años más tarde, en vísperas de la II Guerra Mundial, Francis Fauré, en su Recumbent Bike, pasó de los cincuenta kilómetros, marca que, en las bicis convencionales, no se superaría hasta 2014, cuando Jens Voigt, en Grenchen, hizo 51,115.

La ruta de la tecnología ha logrado barbaridades como pasar de los 59 kilómetros apenas en 1980, con Eric Edwards, en Ontario (Canadá), con una bici bautizada Vector; o pasar de los 73 kilómetros en 1989, gracias a Fred Markham y su Gold Rush, en Estados Unidos. En julio de 2009, en Estados Unidos, Sam Whittingham, en una Varna Tempestad construida por Georgi Georgiev, superó los noventa kilómetros en una hora.

Sin embargo, el esfuerzo que todos los aficionados reconocemos, el de las bicis normales, se hizo muy popular a partir de 1935, cuando el italiano Giuseppe Olmo, en Milán, pasó la cuesta de los 45 kilómetros. Entonces se animaron súper campeones como Fausto Coppi, Jacques Anquetil y Ercolo Baldini, quienes también batieron el récord en Milán.

La barrera de los cincuenta kilómetros ya parecía más accesible, pero había que buscar otra manera, quizás otra temperatura, otra altura. El suizo Ole Ritter, en 1968, se aventuró a cruzar el Atlántico y llegó a Ciudad de México, donde se instaló por más de un mes para alcanzar el hito. Utilizó una Fiorelli-Coppi de siete kilogramos y medio, y un desarrollo de 54x15.

Cientos de aficionados abarrotaron el velódromo de Ciudad de México para ver rodar a Ritter, quien no pasó de los 48 kilómetros y 643 metros, y casi vomita a una reportera cuando pudo bajarse de su máquina.

Pese a no cruzar el umbral de los cincuenta kilómetros, el suizo mostró el camino para los siguientes aspirantes. Y entonces llegó Cochise. El Gigante de Guayabal venía de hacer un regular mundial de ciclismo en Leicester, en la pista, y tenía entre ceja y ceja el prestigioso récord, aunque su intento iba a quedar registrado como aficionado, no como profesional, pues estaban por disputarse los Juegos Olímpicos y el antioqueño quería estar en la cita de Múnich, portando la bandera colombiana en el desfile.

Junto a su entrenador, Claudio Costa, Martín Emilio tenía previstos dos esfuerzos, uno el 7 de octubre de 1970 y el otro, por si las moscas, el 11 del mismo mes. Cochise había estado viendo los videos de Ercolo Baldini, el último aficionado en conquistar el récord, y también había mirado lo hecho por Ole Ritter en Ciudad de México, en el velódromo Agustín Melgar.

Un año antes, en ese mismo escenario, el mexicano Radames Treviño, ídolo local de la pista, y con tan solo veintitrés años de edad, había alcanzado los 46 kilómetros con 955 metros, en esa veloz pista de madera africana. Radames, también habitual en las revistas del corazón, pulverizó lo hecho por Baldini, pero seguía por detrás de los profesionales, por lo que su éxito tuvo relevancia local y nada más.

Cochise era aficionado, pues hasta ese momento no tenía ningún patrocinio empresarial y todos sus viajes, o al menos la mayoría, los costaba el gobierno. Sin embargo, Martín Emilio quería hacer más distancia que Ritter, y para eso se había preparado haciendo tres horas de pista diarias más setenta kilómetros a fondo en carretera.

El récord de Treviño no duró mucho. Los ciclistas Fredy Ruegg y Roger Riviere, de Suiza e Italia respectivamente, mejoraron su registro, aunque en velódromos cubiertos en Europa. Luego, el danés Mogens Frey, muy conocido por Cochise por los mundiales de pista, mejoró en veinticinco metros lo hecho por Treviño.

La hazaña del mexicano había sido el 5 de octubre de 1969 y, lamentablemente, en abril de 1970 murió en un accidente de tránsito. De modo que Cochise, quien había sido bautizado de esa forma precisamente en territorio manito, asumió la doble responsabilidad de batir el récord y honrar la memoria de su colega caído.

Para el intento del récord, Cochise y Costa pidieron ayuda financiera del gobierno colombiano, pero el Consejo Nacional Deportivo la negó, por lo cual el antioqueño tuvo que dirigirse a Europa, donde encontró apoyo con Giacinto Benotto, quien no solo puso dinero, sino que además le entregó la hermosa bicicleta que estaba destinada para Treviño.

La máquina era catorce centímetros más corta que las que usaba Cochise, lo que lo obligaba a pedalear en una posición más vertical. La tabla de Costa exigía 106 pedalazos por minuto y la bici avanzaba 7,54 metros por pedalazo. La idea, desde que decidieron ir por ese sueño, era superar los 48 kilómetros.

Cochise se presentó a la pista con una trusa azul. Lo saludaron más de tres mil aficionados, la mitad de los que habían ido a ver a Treviño un año atrás. Todos coreaban: “Cochís, por Treviño, Cochís, por Treviño”.

El antioqueño se persignó y tomó su lugar en la pista. Esperó a que los relojes estuvieran en cero, y se lanzó a conquistar la historia. Su plan era rodar al mismo ritmo que Mogens Frey.

El clima de Ciudad México no ayudó mucho, desde septiembre la lluvia aparecía en cualquier momento y la humedad era intensa. Por eso Cochise salió a la pista a las diez de la mañana, esperando que el sol fuera su aliado en la gesta.

El *Espectador*, *Cromos*, *El Tiempo*, *El Colombiano* y *Vea Deportes* habían desplazado corresponsales para registrar el hecho. Cochise estaba nervioso, pero decidido.

Los primeros pedalazos fueron intensos. El Gigante estaba concentrado y sus números eran favorables. Giacinto Benotto lo miraba desde la tribuna, junto a los periodistas Armando Moncada Campuzano y Javier Giraldo Neira.

Pasados veinticinco kilómetros, cuenta Cochise, empezó a sentir el dolor del esfuerzo y el sudor por todo su cuerpo, pero no paró. Siguió concentrado en su objetivo y pedaleó como si de ello dependiera su vida. Cuando el reloj marcó los sesenta minutos, el colombiano había logrado una distancia de 47 kilómetros y 563 metros. ¡Victoria!

Los medios registraron la hazaña de inmediato. “Entre aplausos, Cochise celebró la gesta de haber batido el récord de la hora para aficionados, en el velódromo Agustín Melgar del complejo deportivo Magdalena Mixhuca”, se escuchó en Todelar.

“A partir de los veinte kilómetros empecé a sentir un dolor terrible en las piernas. Luego, a los treinta, me pareció que ya todo había terminado. Durante diez segundos no tuve de dónde sacar fuerzas. Tuve que relajarme y descansar engranando sobre la marcha. Claudio no hacía sino echarse hacia atrás a lo largo de la pista”, recuerda Martín Emilio.

Luego añadió: “No puedes cambiar tu posición sobre el sillín, de manera que poco a poco las entrepiernas se sienten muy irritadas y el dolor se acumula en las nalgas y las piernas. Hasta las manos y los antebrazos empiezan a doler, de tanto tiempo aferrados al manubrio”.

Algunos atribuyen la recuperación que tuvo Cochise cuando sus fuerzas flaqueaban a que en algún momento sonó el himno nacional de Colombia, y este le llenó de ánimo. Como en cada victoria importante en el país de la Virgen del

guiarme a cada vuelta. Me dio ánimo, hizo un chiste sobre algo que nos ocurrió en Palma de Mallorca y empezó a caminar lentamente alejándose de mí. Entonces me sentí más solo que nunca, abandonado en la mitad del velódromo, con la agonía de un minuterero persiguiéndome por la espalda. Mientras me ajustaba el casco, recordé aquel sábado por la mañana en que aprendí a montar en bicicleta en una calle de Medellín. Miré por última vez al público y tuve la impresión de que allí estaba mi hermano, el que prefirió vender su cicla por treinta pesos para que yo no me matara en ella”.

En medio del vértigo de la celebración, a Cochise le robaron las zapatillas, el uniforme y hasta el casco con el que había competido. Por poco y no se suelta de los aficionados y, cuando llegó al hotel, había hasta mujeres con hijos recién nacidos para que los bendijera.

“¿Cómo te parece hombre! Me arrancaron las zapatillas nuevas que tanto me gustaban y la camiseta y cuando alcé las manos para saludar, me estaban quitando la pantaloneta. ¿Quieres que te diga que sentí en ese momento? No era nada semejante a lograr lo que parecía imposible. Tuve más bien la sensación de que en aquel instante, estaba repitiendo algo que ya había hecho o disfrutando un recuerdo agradable. Lo soñé tanto, lo aspiré durante tantos años, que acaricé la idea de ser campeón del mundo, que cuando me bajé de la bicicleta pensé: ‘Ocurrió lo que tenía que ocurrir’”.



Carmen y las ánimas del purgatorio, la prensa desenterró todos los secretos del nuevo héroe, se metió a la casa de cada uno de sus familiares, y ministros y hasta el mismísimo presidente ofrecieron discursos por lo conseguido.

Juan Gossain hizo una linda estampa de la victoria en uno de sus más aclamados reportajes, contó detalles poco conocidos por los aficionados, como cuando Cochise estuvo en Palma de Mallorca, sin un peso y caminando por la playa se dio cuenta de una prueba nocturna de ciclismo, la corrió, ganó y se llevó el premio de ochenta dólares que le permitió sobrevivir varios días.

En ese reportaje, el campeón narró lo siguiente:

“Costa me dijo que, de común acuerdo con los jueces, ya habían acordado la hora de partida. Me hizo las últimas advertencias sobre el tic tac y el péndulo del reloj por el que yo podía

agosto, y el 25 de octubre, sobre una bicicleta Colnago de 5,5 kilogramos y tubería de acero, logró llegar hasta los 49 kilómetros con 431 metros, batiendo el récord profesional que tenía Ritter. Esa bici ahora se exhibe en una estación del metro de Bruselas que lleva el nombre del monstruo belga.

Tras su logro, Merckx llamó a Cochise y le dijo: “Coco, gracias, me ayudaste mucho”.

Merckx, a diferencia de Cochise, se preparó con gran anticipación para el intento y había una sensación de seguridad generalizada en toda la comitiva que lo acompañó y que superaba las cincuenta personas. Hasta el rey Leopoldo con su familia, la princesa Liliane y las hijas Esmeralda y María Christina, estaban presentes.

“A lo largo de esta hora, sin duda la más larga de mi vida, nunca conocí un momento de debilidad, pero el esfuerzo necesario no era nada fácil. No es posible comparar la hora con una contrarreloj en la carretera. Aquí no es posible ir más despacio, para cambiar de velocidad o cambiar de ritmo. El récord de la hora exige un esfuerzo total, permanente e intenso, que no es posible comparar a ninguna otra prueba. Nunca más voy a intentarlo de nuevo”, dijo el Caníbal.

El récord de Merckx duró hasta 1984, cuando Francesco Moser, con mejoras tecnológicas, casco aerodinámico y pinganillo, lo superó, también en Ciudad de México. Hizo cincuenta kilómetros y 808 metros el 19 de enero, y cuatro días después se superó a sí mismo con una distancia de 51 kilómetros y 141 metros. Sus registros, como los de Boardman, están entre paréntesis, por la tecnología.

Pippo Ganna decidió intentar el récord en diciembre del año pasado, después de una espectacular temporada. Se preparó con antelación y alertó a su familia para que fueran a verlo. Cuando cumplió la prueba, al igual que Merckx y que Cochise, sintió que moría sobre la bicicleta. Jocosamente, pero lleno de verdad, manifestó que le “dolían hasta las bolas”.

El italiano escogió Grenchen, en la cordillera del Jura, en Suiza, la misma ciudad donde en agosto el británico Daniel Bigham había impuesto su récord, 55,540. Pippo rodó contra sí mismo durante más de veinticinco kilómetros, porque sentía que se iba a caer desmayado, pero continuó y, a falta de diez kilómetros, recuperó sus fuerzas. Luego lo vieron comiendo *nuggets* en McDonalds, esa misma noche. Había logrado 56 kilómetros y 792 metros.

“No pensé que le ganaría a Boardman, pero en los últimos diez minutos volví a sentir las piernas para intentar romper el muro de 57 vueltas”, contó.

Cuando se bajó de su bici, Ganna parecía un anciano. Su rostro denotaba cansancio y tenía la frente llena de arrugas. Había perdido peso y sus piernas temblaban a cada paso. Y, replicando a Merckx, señaló: “Creo que nunca lo volveré a hacer”. ☺

Posdata: Siete días después, Pippo compitió por Italia en el mundial de pista en Aguascalientes, donde pasó a la historia Cochise, y batió el récord mundial de la persecución individual.



Borges en la Casa Gardeliana.

La primera vez que Borges vino a Medellín fue en 1965, diez años después de haberse cumplido la mayor paradoja de su existencia, ya que, en 1955, se le borraron las letras de los libros a causa de su enfermedad, la pérdida gradual de la visión, y al mismo tiempo fue nombrado director de la Biblioteca Nacional de Argentina: paraíso terrenal inalcanzable de casi un millón de ejemplares distintos, de los cuales apenas podía vislumbrar los de lomos amarillos, el color que nunca perdió. Esa paradoja capital sería trasladada al negro sobre blanco cinco años más tarde, al ver la luz el “Poema de los dones”, que abre así, con estos versos estoicos: “Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta declaración de la maestría / de Dios, que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros y la noche. / De esta ciudad de libros hizo dueños / a unos ojos sin luz, que solo pueden / leer en las bibliotecas de los sueños...”.

Ese poema fue dedicado a María Esther Vázquez, en aquel entonces colaboradora de Borges y posteriormente autora de dos biografías no autorizadas sobre Jorge Luis. Según el libro *Borges, a life*, ellos se conocieron en 1957, cuando María Esther se incorporó al Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional. En la página 356 de ese libro también se dice que su amistad se fue haciendo cada vez más cercana, adquiriendo tintes románticos, los cuales llegaron a su fin en 1965, cuando se hizo insalvable la diferencia de edad que los separaba, 38 años, y ella anunció su pronto matrimonio con el poeta Horacio Armani. Por eso Borges no viajó a la gira por Colombia con esa íntima colaboradora, sino con otra Esther, esto es, con Esther Zemorain, a quien le había dedicado *Ficciones* veinte años atrás y con la que escribiría a cuatro manos *Introducción a la literatura norteamericana*, libro publicado en 1967.

La gira de Borges por Colombia, que hacía parte del Mes de la Amistad Colombo-Argentina, comenzó el 7 de julio.

Un día después *El Tiempo* titularía en primera plana lo siguiente: “Borges llega a Bogotá”. Titular acompañado por una foto del protagonista junto a Esther Zemorain, él con gafas recetadas y ella con gafas oscuras, siendo recibidos en el aeropuerto por Arturo Mathov, el embajador argentino en Colombia. En el pie de foto se agregaba que, tras esa bienvenida oficial, Borges fue trasladado directamente al Teatro Colón, donde dio una conferencia “sobre la literatura de su país”, con los palcos y las plateas a reventar. Cinco páginas más adelante, en la sección “Noticiero cultural”, se anunciaba que la segunda conferencia de Borges en suelo capitalino sería ese 8 de julio, en el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, a las 6:30 p. m., con entrada libre, tema: “La poesía gauchesca”. Finalizada la conferencia, la embajada argentina ofreció un cóctel en su honor, al que asistieron, apuntó *El Siglo*, “destacadas personalidades de nuestro mundo literario y social”.

El 9 de julio, día nacional argentino, Borges inició actividades muy temprano, a las 6:30 a. m., con una visita a la Academia Colombiana de la Lengua, donde habló en contra de la lexicografía del diccionario de la RAE. Al mediodía viajó a Cali, donde dictó una conferencia a las 6 p. m., en el Teatro Municipal, y otra al día siguiente, en La Tertulia, sobre poesía argentina. Ese viernes 9 de julio apareció la primera huella de Borges en Medellín, en forma de expectativa, a través de este titular publicado por *El Colombiano* en la página 4: “Jorge Luis Borges será desde mañana huésped de Medellín”. Sin embargo, por un retraso en el vuelo de Cali a Bogotá, ese titular no se cumplió, ya que Borges no arribaría a la Tacita de Plata el 10 de julio, sino el 11.

Mientras Borges volaba de Bogotá a Medellín, comenzaría a circular en la ciudad una nueva edición de *El Colombiano Literario*, con una antología de su prosa y verso y este artículo alusivo a él: “Jorge Luis Borges o las encrucijadas de la memoria”, de Felipe Ortiz.

Además de ese contenido suplementario, *El Colombiano* también le dedicó el editorial principal de ese domingo 11 de julio: “Medellín recibirá a partir de hoy la grata y honrosa visita del poeta y escritor argentino Jorge Luis Borges, una de las más egregias figuras del panorama literario del habla española en el presente siglo. Actualmente realiza una correría de amistosas proyecciones a través de los países iberoamericanos, y su presencia en Colombia obedece al propósito, reiteradas veces manifestado, de vincularse personalmente al creciente movimiento cultural de nuestro país, deseo que ahora se cumple bajo el auspicio de la embajada de la república argentina en Bogotá”. Tras ese punto aparte, el editorial se transformaba en una nota

bio-bibliográfica durante dos párrafos, para luego desembocar en el itinerario de conferencias que Borges dictaría en Medellín y en esta línea definitiva: “Le deseamos venturosa y amable permanencia en tierra antioqueña”.

La corta permanencia de Borges en tierra antioqueña tuvo como epicentro el Hotel Nutibara, donde se hospedó y dio la primera conferencia, programada para las 7 p. m. de ese 11 de julio, aunque no se sabe a ciencia cierta cuál fue el tema, pues la prensa anunció dos distintos: “Literatura argentina contemporánea” y “Cuestiones literarias y nuevos movimientos del arte en el mundo”. Lo que sí dejó claro la prensa es el público objetivo al que estaba dirigida la conferencia: “Un selecto grupo de escritores,



Recepción a Borges en el aeropuerto Olaya Herrera.



Borges con Manuel Mejía Vallejo.



Homenaje a Borges en el Palacio Municipal.



Alcalde Jorge Valencia Jaramillo, Borges y María Kodama.

Borges en Medellín

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ

• Fotografías de Jairo Osorio

artistas y personas vinculadas al movimiento cultural de la ciudad”. Sin embargo, la asistencia, liderada por Manuel Mejía Vallejo, fue muy inferior a la esperada, reduciendo el evento a las dimensiones de una simple mesa redonda. ¿Por qué fue tan poca gente? En un artículo titulado “El otro Borges en Colombia”, publicado por *El Espectador*, arrojan esta respuesta: “Es entendible al considerar que se trataba de un día de descanso y de cumplimiento de deberes religiosos, en una sociedad tradicionalista como la antioqueña”. Asimismo, la conferencia fue muy próxima al partido Medellín versus Quindío, y el Medellín era el equipo más popular de la ciudad en aquella época: “Razón social de poetas y escritores”.

Al día siguiente, lunes 12 de julio, *El Colombiano* publicó este titular cerrando la portada, junto a una publicidad de Almacén Sylvania, distribuidor de tubos fluorescentes: “Jorge Luis Borges hablará esta tarde en el Paraninfo”. Pero antes de cumplirse ese titular, Borges asistió a un almuerzo en el Club Campestre, organizado en su honor por el alcalde de Medellín, Evelio Ramírez Martínez. Después tomó el algo en el mítico salón Versalles, en la mesa nueve, donde pidió la especialidad de la casa: empanadas argentinas, las cuales, como señaló en el libro *El humor de Borges*, le gustaban mucho, “siempre que no tengan mucho picante”. Finalmente, llegó la hora de la conferencia, 6 p. m., la segunda del mes correspondiente al ciclo “Lunes de las Artes”, organizado por la Universidad de Antioquia. En esa ocasión Borges habló sobre “La literatura de arrabal”, introduciendo el tema con los distintos títulos y variaciones que había tenido su cuento “Hombre de la esquina rosada”: mientras lo hacía, en los arrabales de Medellín, era capturado Hernán Quintero Arango, alias Centavito, por haber obligado a su esposa a tomarse un frasco de Folídol, el veneno de moda, y luego presenciar su lenta muerte. Era la vida número 74 que cobraba el Folídol durante 1965, y la 107 en general, faltaban muchas más hasta que fuera prohibida su venta en 1969.

Antes de viajar a Cartagena en fecha de mal agüero, martes 13 de julio, Borges le concedió una entrevista al programa radial “La hora del vendedor”, de RCN, donde conversó sobre tres temas: literatura colombiana, letras de tangos y milongas, y por qué triunfó primero en Europa que en Argentina, asunto que zanjó con la frase que más repitió públicamente en su vejez: “No creo en la

inmortalidad personal”. Frase que anticipó la noticia que se robaba las portadas de los periódicos un día después, cuando Borges dejaba el país rumbo a Lima, Perú: “Murió Laureano Gómez”. Sí, el expresidente de la República, cédula # 1 de Colombia, amigo del nazismo y del franquismo, que fallecía debido a una hemorragia gástrica a los 76 años, fatídica edad en la que los dígitos suman trece.

Precisamente trece años más tarde, en 1978, volvió Borges a Medellín. Esa vez, a diferencia de 1965, fue recibido en el aeropuerto Olaya Herrera por el alcalde de turno, Jorge Valencia Jaramillo, y en las portadas de los periódicos por titulares como este: “Jorge Luis Borges llega hoy a las 11 a Medellín”. Titular de *El Colombiano* al que se sumó este otro publicado por *El Espectador*, el mismo día, sábado 18 de noviembre: “Por 60 horas, Borges en Medellín”. Si bien, fueron muchas menos horas las que estuvo en la ciudad, ya que Borges pasaría el domingo en Cartagena. Esa fue la condición *sine qua non* que le puso al alcalde para venir a Medellín, quería volver a sentir las murallas de La Heroica. Allí se hospedó en el hotel Capilla del Mar, en el séptimo piso, habitación 701. A las cinco de la tarde, tras la siesta, recibió a Jairo Osorio y Carlos Bueno, quienes le hicieron una larga entrevista, rompiendo el hielo con esta frivolidad: ¿café o mate? “Café, el mate es un mero hábito. El café tiene una tradición que no la tiene el mate”.

Casualmente con un café en la mano, apareció Borges encabezando la portada de *El Colombiano* ese domingo 19 de noviembre: una foto a color, sin titular, cuyo pie de foto era el primer verso de “Alguien”, poema publicado por Jorge Luis en 1964: “Un hombre trabajado por el tiempo...”. Esa foto fue tomada en la Oficina de Fomento y Turismo del Olaya Herrera, mientras Borges esperaba su “ligero equipaje”. El café lo amenizó con recuerdos de su niñez, “cuando en Buenos Aires se vendía el agua de barril o canecas y las menudencias no formaban parte de los alimentos socialmente aceptados”. Luego de beberse el café y recibir las maletas, Borges fue trasladado por el alcalde hasta el Hotel Intercontinental, donde se hospedó el tiempo que estuvo en Medellín.

Después de ese pie de foto, *El Colombiano* invitaba a sus lectores a trasladarse hasta la página 14A para más detalles sobre la llegada de Borges. Allí, no bien lo identificaron como “el más europeo de los argentinos y el más argentino

de los europeos”, presentaron a su lazarrillo: se trataba de María Kodama, en aquel entonces su secretaria privada y posteriormente su esposa, viuda y albacea. Juntos estudiaron inglés antiguo, islandés, japonés y árabe, y escribieron a cuatro manos un libro titulado *Atlas*, publicado en 1984, sobre los sitios más memorables que conocieron en sus viajes alrededor del mundo, y donde no aparece Medellín. Borges le llevaba 38 años, los mismos que a la referida María Esther Vázquez, la íntima colaboradora que a último momento decidió no acompañarlo a la Tacita de Plata en 1965. Catorce años más tarde, en 1979, cuando Borges cumplió 80 años y se los celebraron en la televisión pública argentina, en un programa conducido por Antonio Carrizo, este introdujo a María Kodama así: “Su presencia termina con los infundios que decían que María Kodama es un personaje inventado por Jorge Luis Borges”.

Cuando llegaron al Hotel Intercontinental, María Kodama se dio cuenta de que allí, en uno de los salones, se estaba llevando a cabo un congreso de computación sobre “Terminales inteligentes en equipos de la serie 700”, se lo comentó a Borges y de paso le recordó que él ya había sido un computador. ¿Dónde? En *Alphaville*, película del recientemente fallecido Jean-Luc Godard, estrenada el 5 de mayo de 1965, un mes antes de que Borges viniera a Medellín por primera vez. En ella se narra un universo distópico a lo *nouveau roman*, sin pasado ni futuro, conjugado en presente de indicativo, en el cual no existen antropomorfismos y por eso están prohibidas expresiones como por qué, amor o llorar. Ese universo sin trato posible con divinidad, animales y cosas es mantenido en equilibrio estable por una macrocomputadora que habla, llamada Alpha 60, quien cierra la película con estas palabras tomadas de un ensayo de Borges, titulado “Nueva refutación del tiempo”, escrito en la víspera de navidad, el 23 de diciembre de 1946: “El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebata, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre... El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges”. Sin embargo, la macrocomputadora que habla no dice “soy Borges”, sino “soy Alpha 60”.

La única actividad programada para Borges ese sábado 18 de noviembre era una recepción privada en la Casa Gardeliana, a las 6:30 p. m.: “Donde la alcaldía le tiene preparado un encuentro

informal con periodistas, escritores e intelectuales antioqueños”. Uno de los invitados fue Jairo Osorio, quien, en el prólogo del libro *Borges, memoria de un gesto*, escribió que ese encuentro informal rápidamente se convirtió en una “fiesta en la que atormentaron a Borges a punta de tangos”, siendo testigo de estas palabras que el visitante ilustre le escupió al oído de su anfitrión: “Pero, alcalde, ¿qué hice yo para merecerme esto? ¿Vos sabés que a mí no me gusta el tango?”. Esa incomodidad manifiesta de Borges no se quedó ahí, trascendió, por ejemplo, hasta el editorial de *El Espectador* publicado el jueves 23 de noviembre de 1978: “Haber llevado a ese pozo humano de misterios subconscientes, llamado Jorge Luis Borges, a la Casa Gardeliana, es algo atrabiliario. En infinidad de ocasiones el poeta austral ha inundado al mundo, por medio de las ondas hertzianas y de la prensa, con acritudes no solo contra el tango sino también contra Gardel y su voz albaricoqueada... Fue una tortura, un suplicio peor que el Tántalo, ese homenaje que le hizo el burgomaestre a tan pulcro valor cerebral. Cuya mente y cuyo espíritu están a cósmicas distancias de la estupidez”.

Luego del suplicio en la Casa Gardeliana, vino el mencionado paréntesis cartagenero, el reencuentro con las murallas: “Una muralla es una barrera mágica destinada a detener la muerte”, señaló en su ensayo sobre Shih Huang Ti, el emperador que ordenó la construcción de la muralla china mientras abolía el pasado, la palabra muerte y buscaba el elixir de la eterna juventud. Borges volvió a la ciudad de la eterna primavera el lunes en la mañana, acompañado virtualmente por este titular publicado en la portada de *El Colombiano*: “Hoy, homenaje a Jorge Luis Borges”. El titular estaba justo a la derecha de la noticia deportiva del momento: el triunfo por la mínima del Nacional al Caldas, suficiente para clasificar al cuadrangular final, junto a Santa Fe, Cali y Millonarios.

Antes del homenaje, Borges tuvo un coloquio en la Piloto, a las 11 a. m., donde respondió 33 preguntas formuladas por siete escritores, ubicados en una mesa frente al protagonista en el siguiente orden, de derecha a izquierda: René Uribe, Juan Zuleta Ferrer, María Elena Uribe, Darío Ruiz Gómez, Rócio Vélez, Manuel Mejía Vallejo y Juan Luis Mejía. El coloquio lo introdujo el director de la Piloto, quien le entregó a Borges el “premio Nobel de nuestra admiración, afecto y amistad”. Después

vinieron las preguntas, una de ellas esta, la del complejo de inferioridad tricolor: ¿usted qué piensa de los escritores colombianos? ¿Cuáles son sus preferidos? Borges solo conocía a José Asunción Silva y a García Márquez. De este último María Kodama le había leído *Cien años de soledad*, de la cual no disfrutó su desenlace: “Es una gran novela, aunque creo que tiene cincuenta años de más”. Esa fue la respuesta que más gracia causó en el público: más de mil personas que, según *El Espectador*, “incluso trataron de penetrar violentamente en el auditorio de la Piloto, como si se tratara de un concierto de rock”. Al final, como si se tratara de una estrella de rock, Borges se quedó firmando autógrafos: “No sé si serán firmas o ideogramas lo que estoy haciendo”. Una de las firmas la estampó en la carátula de *Jairo canta a Borges*, disco de culto que musicaliza varios de sus poemas, publicado en 1977.

El homenaje llegó después del almuerzo, a las 3 p. m., en la alcaldía, donde lo declararon huésped de honor y le entregaron las llaves de la ciudad. Estas fueron las palabras de Borges al recibir las llaves de Medellín: “Me entregan estas llaves que no abren ninguna puerta, o, mejor dicho, que las abren todas. Para mí serán el símbolo de la nostalgia, porque estaré en Buenos Aires añorando esta tarde en que estoy con ustedes, en que me siento en tierra de Colombia, rodeado por su cóncava hospitalidad y generosidad. Muchas gracias, digo esto a cada uno de ustedes, singularmente. No puedo hablar más... Estoy muy conmovido... Disculpénme”.

Tras el homenaje, Borges sostuvo una charla con Juan Zuleta Ferrer en el

despacho del alcalde, la cual fue grabada y transcrita en las páginas finales de *Borges, memoria de un gesto*. Allí, entre otras cosas, Zuleta Ferrer le contó que la última canción que interpretó Gardel antes de su viaje fatal a Medellín fue *Mi Buenos Aires querido*. Borges, que se sabía el coro y estaba a punto de partir hacia Buenos Aires, entonó estos dos versos: “Cuando yo te vuelva a ver / no habrá más pena ni olvido”. Sin embargo, años más tarde se descubrió que la última canción que interpretó Gardel no fue esa, sino *Tomo y obligo*. Borges se fue para siempre de Medellín a las 5 p. m., y seguramente también a la tumba con ese equívoco.

Posdata 1: Antes de irse, Borges pronunció este adiós: “Siempre pienso que tengo varias patrias. Ahora, Medellín va a ser otra”. Además, prometió que iba a volver a situar a Colombia en alguno de sus cuentos, ya lo había hecho en 1975, con la publicación de “Ulrica”, donde el narrador es un profesor de la Universidad de los Andes y le responde esta pregunta a la protagonista noruega: “¿Qué es ser colombiano? No sé... Es un acto de fe”. Aunque Borges no cumplió esa promesa, sí volvió a mencionar a Colombia, en *El humor de Borges*, al escuchar esta línea viajera: “Yo me regreso a Colombia”, y comentarla: “Qué lindo el ‘yo me regreso’, queda gracioso y le da más energía a la frase”.

Posdata 2: Dos días después de irse, o sea el miércoles 22 de noviembre de 1978, en el programa “Gloria 7:30”, transmitido por la Cadena Uno, salió al aire una entrevista que le hizo Gloria Valencia de Castaño: “Siendo esta la primera vez que el famoso hombre de letras concede un reportaje para la pantalla chica colombiana”. De esa entrevista

sobreviven apenas los primeros siete minutos, en los que Borges alcanzó a recordar a su bisabuelo, el coronel Manuel Isidoro Suárez, “que comandó una carga de caballería peruana y colombiana en la batalla de Junín”. Y posteriormente fue arrestado y expulsado del Perú por intentar derrocar a Bolívar, que ya era presidente de Colombia.

Posdata 3: El viernes 24 de noviembre de 1978, apareció en la prensa el último eco de la visita de Borges

a Medellín, en una columna de Alberto Aguirre publicada por *El Espectador*, bajo el título “Borges superestrella”, donde criticaba la posición reaccionaria de Borges en su torre de marfil, defensora de las dictaduras del cono sur, y la “babosa admiración” de sus seguidores: “Cada uno escoge el tipo de escritor, de hombre que quiere ser dentro de su tiempo. Unos están con el pueblo y sus batallas. Otros con fantasmas y laberintos”. ☹



Borges en la Casa Gardeliana.

HAZ AÑAS

por GLORIA ESTRADA

• Ilustración de Juliana Arango



Recogebolas

Esta vez cuando llegué al pueblo y pasé por la escuela justo estaban en el momento energético del recreo. Niñas y niños andaban en sus juegos, chanzas y conversas. Mientras caminaba me quedé mirando a uno que jugaba con otros en el patio y tenía un corte de pelo tipo punkero. Qué bueno que lo dejan asistir así, pensé, recordando mis uniformados tiempos escolares. De la observación me sacaron sus miradas posadas con insistencia sobre mí, incluido el de la cresta.

—¿Sí? —dijo alguno.
Y yo, que aterrizada:
—¿Qué cosa?
—Que si nos tira el balón. Nos hace el favor. Muchas gracias.

No sé si hablaron todos al tiempo o si fueron frases alternadas por varios. Lo cierto es que me apuré a establecer la ubicación del objeto para acometer la valiosa tarea que me encomendaban. Avancé por el borde enmallado de la escuela y lo vi; estaba en la cuneta del centro de salud. Me acerqué decidida, pero en el preciso instante de hacer contacto con el balón recordé, inevitablemente, mis ancestrales limitaciones para el lanzamiento de cosas, más aun, de las esféricas. Tuve miedo. No quería defraudar a aquellos niños que en ese momento podían estar murmurando algo como: qué señora más lenta.

Contrariando mis miedos y dispuesta a retarme para cumplir la labor, tomé el balón y levanté la mirada. La altura de la malla casi me mengua, sin embargo, avanzando por el andén empuinado disminuyó un poco. Los chicos esperaban. Lancé el balón hacia arriba intentando imprimir la fuerza y la curvatura necesarias para no hacer el ridículo y, sobre todo, para que no fuera a quedarse engarzado en el alambre de púas que coronaba la malla. ¡Qué compromiso! Hubiera preferido caminar hasta la puerta de la escuela y entregárselo

en la mano a cualquiera de ellos. Pero el balón ya viajaba por el aire, como es debido. Juro que sudé, fueron largas esas milésimas de segundo en las que el balón se elevó y... ¡Pasó! Uff, qué alivio.

El mundo volvió entonces a rodar a su velocidad habitual. Los niños reanudaron el juego y yo también mi camino. Las gracias ya me las habían dado.

Pasajera

Vi a Merce por primera vez, y cuando todavía no sabía que se llamaba así, a las 10:05 a. m. Subía la loma riéndose mientras contaba que el perro callejero que caminaba a la par con ella se había comido una tórtola.

Supe que se llamaba Merce a las 10:07 cuando quien estaba conmigo la llamó para preguntarle si me vendía un pasaje en el alimentador del metro ya que yo me había quedado sin saldo.

A las 10:08 Merce me estaba diciendo que qué pesar pero no tenía sino 2400 pesos, “lo que vale el pasaje”, pero que ella le decía al conductor que me llevara por la de atrás. “Todos esos conductores son amigos míos... Bueno, hay unos más queridos que otros, pero espere y verá”.

A las 10:11 estábamos las dos esperando el transporte. Y tres minutos después, ella, con las canas tinturadas de rojo vivo, unos sesenta años le pongo, se paró en la mitad de la calle a mirar para arriba como llamando el bus. “Baja pues gonorzofia que tengo que estar a las doce en el centro”, y se secó de la risa, celebrándose a sí misma.

A las 10:18 apareció el bus y nos subimos, ella con la fe de que podíamos pasar las dos con su tarjeta y yo con la esperanza puesta en que alguna de las pasajeras que había a bordo me vendiera el pasaje. Merce pasó porque una de las otras se dispuso, pero tampoco le alcanzó el saldo. Ya estaba sentada Merce cuando le dije al conductor: “Me tengo que bajar, ¿cierto?”, y él como que no sabía qué decirme, pero tampoco abrió la puerta para que me bajara. “Métase por debajo, como los niños”, creo que dijo Merce, o pudo ser otra pasajera.

A las 10:20 yo estaba pasando por debajo de la registradora y enseguida todas las personas a bordo celebraban mi hazaña. El conductor en silencio y con una sonrisa aprobaba.

Merce y yo nos sentamos juntas. A las 10:38 ya ella sabía qué andaba yo haciendo por aquellos extramuros y yo sabía a qué iba ella con tanto afán para el centro.

Un minuto después era invitada oficial a su casa: “Cuando vuelva a subir pregunta por mí, yo me llamo Mercedes, cualquiera la lleva hasta donde yo vivo, y la invito a almorzar bien bueno”.

A las 10:47 llegamos a la parada final. Merce afanada, yo, con tiempo de sobra. Ella corrió a bajarse para tomar enseguida otro bus. “Bueno, niña, vuelva”, me dijo.

Todavía vi a lo largo de una cuadra su pelo en llamas, abriéndose paso entre la gente. Los minutos, por su parte, se seguían derritiendo bajo el cielo ardiente de Medellín.

Negocio

En la Avenida Oriental, casi llegando a La Playa, a mi papá le dio por devolverse a averiguar por el utensilio ese que venden en la calle y que sirve para pelar, picar y rallar verduras. Claro, papá. Y nos devolvimos un par de metros al sitio donde el vendedor con micrófono inalámbrico promovía la herramienta rallando repollo y sacando tajadas de pepino. “Con mucho gusto, caballero, niñas, vea, esto son seis funciones en una, mango antideslizante, una comodidad...”. El rito de presentación del artefacto incluía la manipulación por parte del potencial comprador, así que mi papá, impulsado por el vendedor, tomó el artefacto e intentó seguir las primeras indicaciones de uso. Mientras tanto, mi hermana y yo sentíamos las miradas de las personas que pasaban: estábamos siendo protagonistas de una especie de aviso comercial callejero. “¿Usted es el que lo va a usar, caballero?”. Sí, le dijo mi papá y agarró un pedazo de cebolla cansado de la alocución y con ganas ya de probar los beneficios del dichoso utensilio a ver si se decidía a comprarlo. “Pero venga, caballero, hágale con el repollo...”. No, mi papá quería probar con la cebolla. En esas arrimó una pareja a preguntar por el precio y enseguida la mujer preguntó también si vendía algo para pelar los huevos. Los huevos cocidos, le ayudé a precisar yo. “Ah, no, señora, pa eso sirve una uña larga”. Y nos reímos todos. Fue el instante que papá aprovechó para probar, no muy diestramente, que sí, que el coso ese sí le podía servir para picar la cebolla de huevo. A cómo, a diez mil, de qué color lo va a llevar, rosadito, dijo papá señalando el naranjado. “Vea qué rosadito tan bonito”, nos hizo reír otra vez, arrastrando la risa que ya traíamos, a nosotros, a otro señor que ahí lo esperaba y a una señora que no se aguantó y detuvo su paso para arrimarse por un ladito y decirnos que ese pelador era muy bueno, que ella ya había comprado uno. ☹



Urbania.
Café consciente.

Calle 14 Viva Envigado Calle 8

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 #328 Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #438-132 El Poblado.



PALINURO
Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160
f Palinuro g libreriapalino
Medellín - Colombia

exlibris.com.co

Libros, café y comida :
3003628240 (y en rappi)

Seguimos leyendo

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Café-Bar
CASA DE ASTERIÓN
COWORKING
MÚSICAS DEL MUNDO,
ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS

CRA 42 #53-63 CENTRO
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LAS 1:00 P.M.

PIZZERIA CENTRO

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm
Domingo de 12 m a 9 pm
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro
a través de Domicilios.com

VICTOR AGUDELO E.
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

RESTAURANTE
CARRERA 50 # 59-13 • TEL. 584 22 23

SABORES DE ARIS

Restaurante Gourmet
Servicio a Domicilio 3148457974

Morir en Medellín hace cien años

En 1900 la vida era frágil y las condiciones eran incluso precarias para muchos, así que morir siendo bebé, pequeño, adolescente o mayor era un asunto altamente probable que se aceptaba como voluntad de Dios y se recibía con ceremonias y ritos que variaban según la edad y las posibilidades económicas del fallecido. Había entierros de primera, segunda, tercera clase. Una ceremonia de estatus incluía “6 cirios por \$2, peones y ayudantes por \$5, derechos de cementerio \$6, acompañamiento musical por \$5, derechos de iglesia por \$12 y naturalmente un buen

cajón por \$12”. Había entierros fastuosos que podían incluir, por ejemplo, un hábito de cuarenta pesos para llegar con elegancia a la otra vida. Así mismo, la competencia en el sector era dura: la agencia Mortuoria Rendón, fundada en 1872 y con número telefónico 738, ofrecía “lo mejor en cajas, precios, cumplimiento y honradez”, algo que complementaba con “el mejor coche mortuario de la ciudad”, según anuncio del 28 de abril de 1880. Mientras que para los privilegiados, o cercanos a los fotógrafos de la época, era usual haber sido retratados con

anterioridad, para la gente común, el momento de su muerte, velorio y entierro podía también ser el momento de su primer retrato, imagen para la posteridad, momento en el que —a pesar de muertos— había que conservar la elegancia con maquillaje, amortajamiento y cosida de la boca para quedar presentables durante las velaciones y el sepelio; vanidad humana, antes muertos que sencillos. Quienes fallecían siendo bebés eran “pequeños angelitos portadores de pureza”, se les enterraba con zapatos y pequeños ramos de palma, para “evitar que una tuna

los chuzara en el camino hacia la eternidad” y para dar la bienvenida al coro de ángeles que “antecede la llegada ante Dios”, con quien tendrían vida eterna al no haber caído nunca en el pecado. Más allá de captar a estos bebés, los fotógrafos retocaban las imágenes aclarando la zona superior, buscando que pareciera “más despejado el camino hacia el Señor”. Finalmente, los testamentos también hacían parte del rito. En ellos los fallecidos reafirmaban —incluso tajantemente— sus creencias cristianas (“única fe, consuelo y esperanza para mi desgraciada existencia”, “Dios me otorgue el infinito bien de permanecer en mi religión sin separarme una sola línea de sus divinos preceptos”, eran observaciones frecuentes para la época), incluso dejándole a la iglesia instrucciones precisas de misas, plegarias y fortunas: “Por mi alma se dirán (a) las treinta misas de San Gregorio. (b) Cien misas más dentro del año que sigue a mi muerte. También se verificarán al cabo del año y en el aniversario de mi muerte unos funerales, si no ricos, si lo más solemnes posibles... El gasto que esto ocasione, se tomará de la cuarta parte de mis bienes. Lo que reste de esa cuarta de libre disposición, lo dejo por partes iguales a estas cinco entidades: 1° la iglesia catedral en construcción, 2° la iglesia de San Francisco, 3° la iglesia de San José, 4° el hospital de San Juan de Dios y 5° el manicomio, todas de esta ciudad”. Esto se lee en el testamento de Matilde Barrientos de Gómez, del 5 de noviembre de 1910 y que puede consultarse en el Archivo Histórico de Antioquia. Tema sobre el cual ha profundizado Juan David Pineda, historiador de la UPB e investigador sobre fotografía *post mortem* y prácticas fúnebres en Medellín, quien utilizó imágenes del Archivo Fotográfico de la BPP para investigar sobre nuestra ciudad y sus costumbres, para saber más sobre el camino de salvación e inmortalidad que nos permite —al menos— permanecer vivos para siempre en la memoria. ©



Niña de Manuel Aristizábal, por Benjamín de la Calle, 1899. Archivo fotográfico BPP.

Cocina como Acción Social: comensalidad a manos llenas

por LUIS R. VIDAL



La cocina en la calle y la calle como cocina

Sacar el fogón a la calle es un acto que, a simple vista, no tiene nada de extraordinario. Creo que todos hemos compartido un plato de sancocho o una frijolada. Sin embargo, hay algo más. Prender un fogón a la luz de todos, y sentir el olor a leña y la volatilidad del humo que tizna una olla, nos comunica con el acto primario del fuego y de la vida en comunidad.

Dar de comer al otro siempre me ha parecido un gesto noble. Es como abrazar a alguien a través de la comida, sobre todo cuando es uno quien la prepara. Los alimentos cobran otro sentido. Pienso que, con los afanes del día a día, perdimos parte de nuestra esencia como humanos cuando en su casa cada quien, en vez de ir al comedor, va a un cuarto y come solo, casi que a escondidas. Cocinar no es un acto individual. Siempre habrá alguien que siembre los alimentos, otros que cosechen, otros que los transporten hasta los lugares de acopio, hasta que, por fin, lleguen a nuestras manos para transformarse.

En Medellín, Cocina como Acción Social (CASA) se ha encargado de atizar ese fogón y compartir la comida en las calles de la ciudad por más de seis años. Emmanuel Taborda Blandón es el cocinero y gestor cultural que está detrás de esta iniciativa. Ema, como le dicen sus amigos, cuenta que no ha estado solo en esto. Lo han rodeado un puñado académicos, compinches, cocineras y cocineros tradicionales, venteros de frituras, hortelanos, filósofos, historiadores, poetas, antropólogos, comunicadores, ilustradores y palabreros.

CASA se ha tomado muy en serio que cocinar es un acto comunicante del que nos debemos valer para resarcir broncas innecesarias y carentes de sentido. Es cambiar la estridencia de las armas por los ruidos que producen las cocinas en movimiento. Así, se valen de metáforas para enseñarnos que lo importante de vivir sosegados los amores y las amistades, a fuego lento como las buenas comidas, y que la frugalidad es enemiga de los apuros y los hartazgos, porque como dicen los abuelos: de las carreras no queda sino el cansancio.

Este detenerse para cocinar en las calles de la ciudad se hace con comensales de todos los pelambres. Aquí todos caben y celebran alrededor de la pedagogía de la olla comunitaria: unos lavan, otros pelan, otros atizan el fogón, otros se encargan de las arepas, la ensalada y las bebidas. Al cocinar juntos celebramos la hermandad, reconocemos lo semejante y lo diverso del otro. Alguna vez, al terminar la faena en una de las versiones de CASA en Pedregal, estaba fatigado y olía a leño, pero pensé que un pedazo de la ciudad se había sentado a comer junta. Era una porción pequeña comparada con el tamaño del país. Pero no importa, me dije. Se ha empezado y eso es lo importante.

Medellín celebra desde los fogones

CASA es algo *sui generis* en medio de la variedad de eventos de cocina que existen en Medellín. Ecllosionó en el barrio y poco a poco ha permeado al resto de

la ciudad y el país. Ema cuenta que la iniciativa tiene tres líneas de formación que están integradas. La primera es la comunitaria, que tiene como punto de partida el taller Amasando Paz. En el año 2017, comenzaron a vincular a población diversa (en edad y género, también migrantes) en encuentros constituidos a partir de la cocina comida, donde se abordaron los universos culinarios de cada participante y la relación afectiva y gustativa con sus recuerdos. Tras esa experiencia, se elaboró una metodología de trabajo que se replicó en distintos barrios de Medellín en expresiones como: De la tierra a las cucharas, Cocina y Memoria, Cocinando con lo que hay. En ellas, los distintos talleristas han sumado sus experiencias y transformado el abordaje desde las particularidades de los territorios.

La segunda son las consultorías que CASA les ofrece a distintas organizaciones para dimensionar, entender y crear soluciones a las problemáticas sociales, culturales, económicas, políticas y de violencias basadas en género. Propone una metodología de intervención social que, a través de la cocina, permite compartir ideas y saberes, consolidar acuerdos, brindar soluciones y transformar desde la fuente.

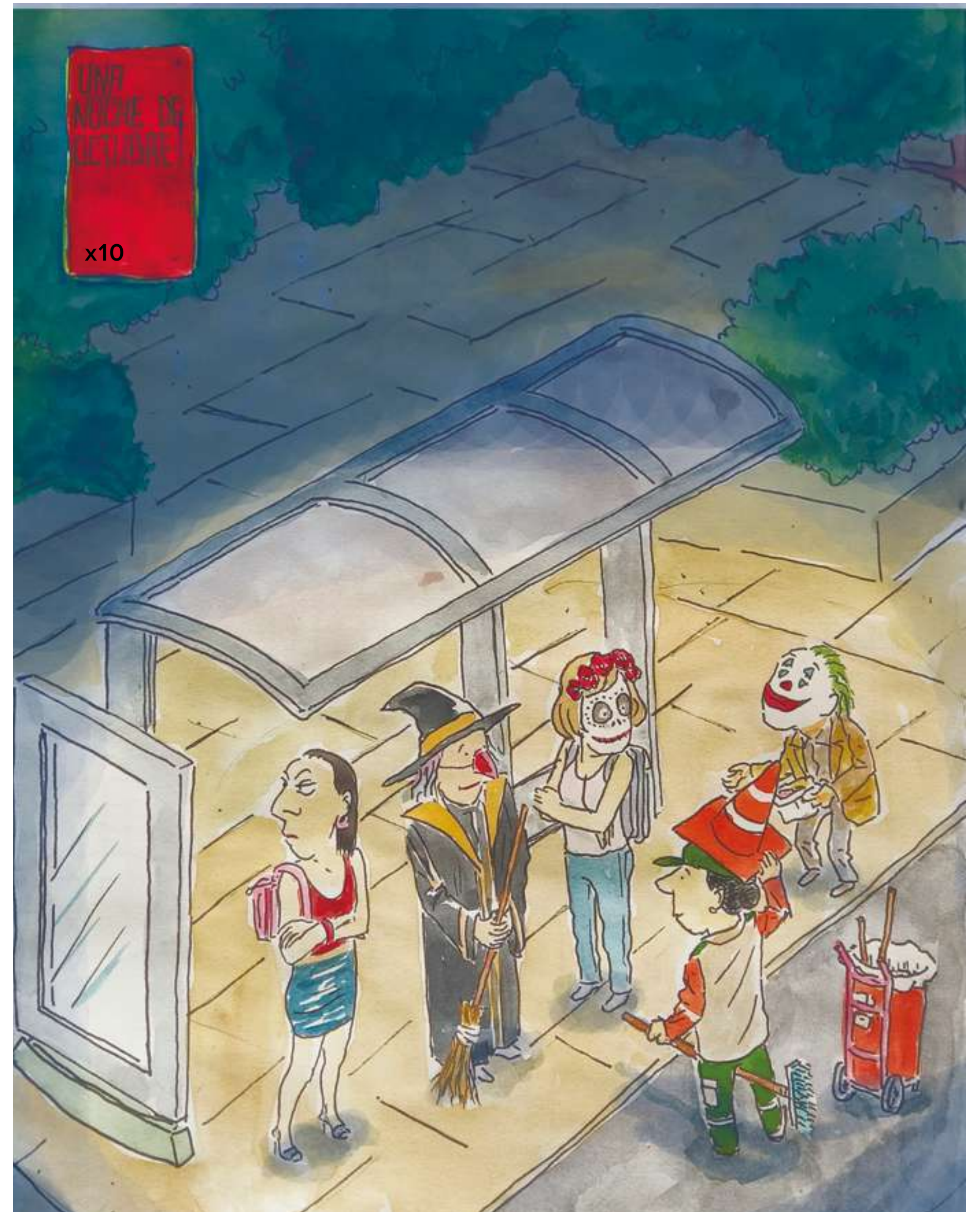
Finalmente, la tercera línea tiene una apuesta por lo comunicacional. En este punto, CASA materializa un discurso cercano a las personas, reconociendo las narrativas, estéticas y modos en que se presenta la alimentación en espacios mal llamados populares. Las voces del barrio y sus protagonistas son fundamentales para comunicar y afirmar que la cocina es un espacio de cohesión social, y también una manera de reconocernos en el otro.

En seis años, CASA ha hecho presencia en quince barrios de Medellín y doce municipios del departamento. Ha participado en cinco foros, una franja radial y varios eventos iberoamericanos, en los que ha mostrado la diversidad de las cocinas y etnicidades del país. Cuando nos sentamos juntos a comer, la conversación también se abre paso. Una de sus ideas centrales ha sido cultivar la sensibilidad para leer las situaciones particulares de los barrios, del departamento y del país, al tiempo que se piensa esos contextos en sus diferencias.

Tiempos de celebración

CASA se reúne anualmente y convoca al sector público, académico (de distintas áreas del conocimiento), estudiantes y colectivos de la ciudad y del país, para dialogar sobre la cocina y su aporte a la generación de vínculos sociales para el desarrollo social. En esos encuentros, por medio de la exploración de ejercicios culinarios, se aborda desde la pregunta y la palabra las dimensiones sociales, culturales, biológicas y emocionales de la cocina, el fogón, las ollas, las texturas y los sabores y, en especial, las historias detrás de quienes producen, transforman y disfrutan los alimentos. Es una fiesta cada encuentro, una oportunidad para ver a los amigos, callejear y abrazarse.

Invitados a conocer, degustar, disfrutar como en su CASA, con Cocina como Acción Social.



Canaguar
Revista de cine colombiano

Una publicación de
cinéfagos.net

 canaguaro.cinefagos.net

Programa y subsidio

**#Comer
EsPrimero**

Una iniciativa
empresarial por
la alimentación

Para tener una vida activa, sana y digna.

**hemos impactado a +22.800 familias con
un bono para complementar su alimentación.**

El desarrollo pleno de un ser humano solo es posible si su cuerpo cuenta con los motores necesarios para funcionar, pensar, moverse y amar. Y estos, a su vez, se activan principalmente con los nutrientes en los alimentos. La alimentación, por obvio que suene, es el pilar, la base, el punto de partida para existir, sentir, vivir, construir y crear en el mundo.

Sin embargo, en Antioquia 2 millones de personas se van a dormir con hambre cada noche. Esto, sumado a un aumento cercano a los 40.000 pesos en la compra del mercado (según cifras del DANE para mayo), nos impulsó, de la mano de Proantioquia y Antioquia Presente, a actuar juntos.

Con el programa y subsidio **#ComerEsPrimero** acompañamos a 16.308 familias beneficiadas en todo Antioquia durante seis meses con un bono mensual de 43.200 pesos redimible en el Éxito, Carulla y Surtimax, y con contenidos educativos alrededor de la nutrición. Gracias a las empresas que se han sumado para acompañar a sus trabajadores, otras 6.500 recibirán este beneficio. Grupo Bios, Postobón, Haceb, Iluma, Il Forno, Wajaca, Flores El Capiro, El Euro, Emtelco, Nutreo, la Andi, Arquitectura y Concreo y Crepes & Waffles son algunas de ellas.

Este programa nos reafirma la relevancia del compromiso social de las empresas para el cuidado de las familias.

Liderado por

comfama

PROANTIOQUIA



En alianza con



SURTIMAX

bios



iluma



wajaca

capiro

CO ANDI
SECCIONAL ANTIOQUIA

Nutreo

CHAPMAN
WILCHES

e envia

Medipiel

Postobón

COLHILADOS